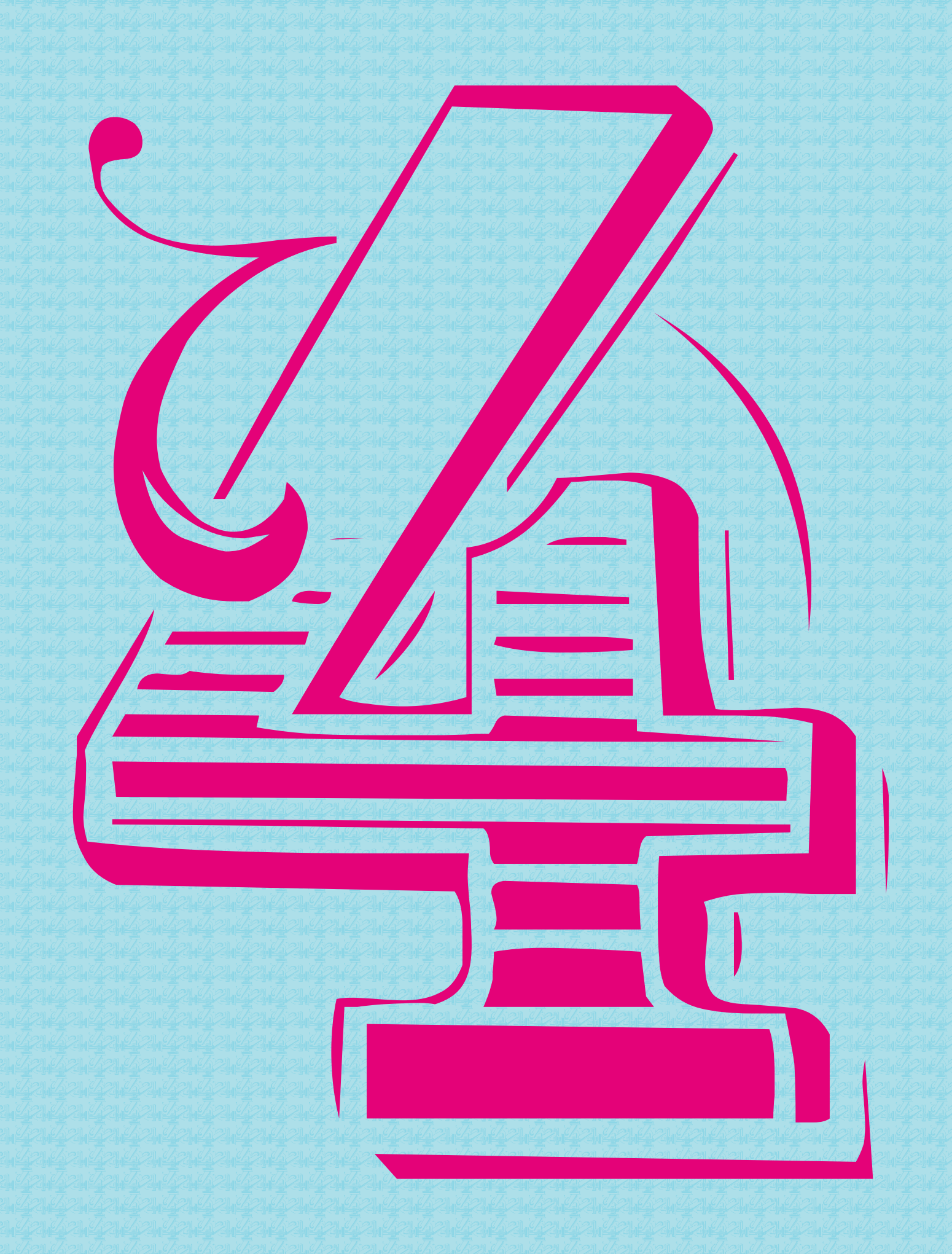
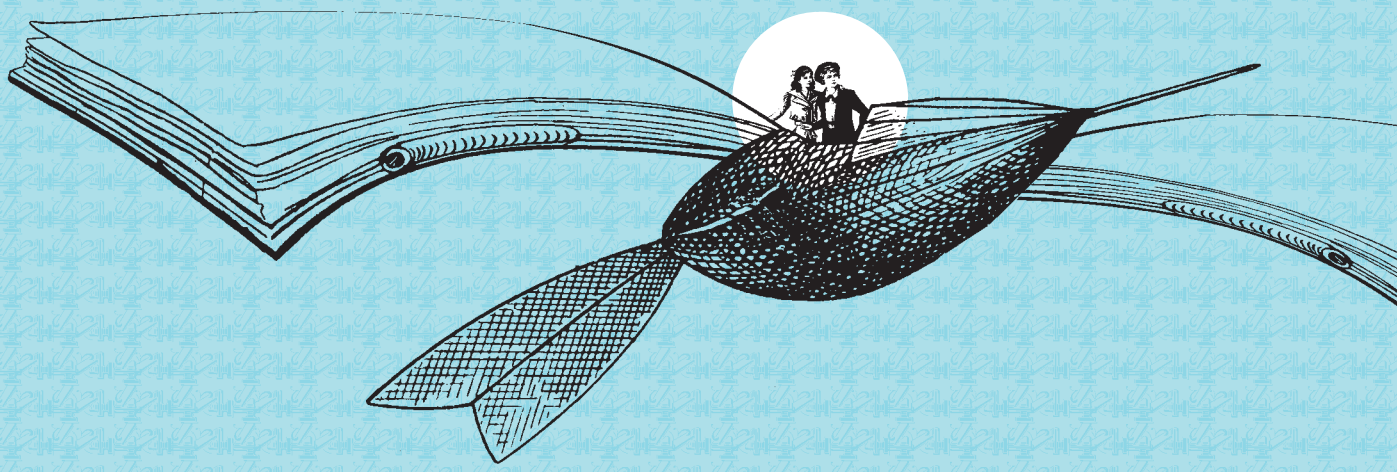
Libro de lecturas

Articulación de la Educación Básica

4 grado





LIBRO DE LECTURAS

Cuarto grado

Esta edición del *Libro de lecturas. Cuarto grado* fue desarrollada por la Dirección General de Materiales Educativos (DGME) de la Subsecretaría de Educación Básica, Secretaría de Educación Pública.

Secretaría de Educación Pública
Alonso Lujambio Irazábal

Subsecretaría de Educación Básica
José Fernando González Sánchez

Dirección General de Materiales Educativos
María Edith Bernáldez Reyes

Coordinación técnico-pedagógica
Dirección de Desarrollo e Innovación de Materiales Educativos, DGME/SEP
María Cristina Martínez Mercado

Autores
Rosa Beltrán, Sabina Berman, Guadalupe Loaeza, Laura Martínez Belli, Carmina Narro, Ignacio Padilla, Pedro Ángel Palou García, Juan Villoro, Jorge Volpi

Coordinación editorial
Dirección Editorial, DGME/SEP
Alejandro Portilla de Buen

Cuidado editorial
Modesta García Roa

Coordinación iconográfica
Fabiola Buenrostro Nava

Producción editorial
Martín Aguilar Gallegos

Servicios editoriales (2011)
Galera Diseño

Dirección de arte
José Luis Lugo

Diseño y diagramación
Bredna Lago, José Luis Lugo

Formación
Santiago Fernández, Paloma Ibarra

Edición gráfica e ilustración
Andrea Aguilar Álvarez, Alberto Alrod, Gustavo Amézaga Heiras, Carla Brócoli, Carlos Castillo, Julia Díaz, Santiago Fernández, Roberto Gutiérrez, Paloma Ibarra, Jotavé, Bredna Lago

Primera edición, 2011

D.R. © Secretaría de Educación Pública, 2011
Argentina 28, Centro
06020, México, D.F.

ISBN: 978-607-469-728-5

Impreso en México
DISTRIBUCIÓN GRATUITA-PROHIBIDA SU VENTA

Presentación

La Subsecretaría de Educación Básica, a través de la Dirección General de Materiales Educativos, ha preparado este *Libro de lecturas* como material de apoyo para la formación de nuevos lectores y el fomento a la lectura. En este contexto, la selección de textos que integran la presente publicación responde a tres propósitos: leer para tomar decisiones, leer para disfrutar la experiencia literaria y leer para aprender.

Con el objetivo de acercar a los niños y niñas a la literatura contemporánea, aquella que se está produciendo día a día en México, hemos reunido en los libros lecturas de cuarto, quinto y sexto grados de primaria a escritores cuya trayectoria ya es parte del patrimonio cultural de México. Consideramos que su aportación, realizada ex profeso para estos libros, promueve y estimula la formación de nuevos lectores.

Asimismo, el apoyo de las familias es esencial para el desarrollo del hábito de la lectura en los niños y jóvenes, por ello las convocamos a participar con nosotros en el propósito de hacer de la práctica lectora una actividad placentera. Cabe recordar a los padres la importancia de que sus hijos sean capaces de leer correctamente desde pequeños, ya que la eficacia en la comprensión lectora está directamente relacionada con el éxito en la escuela y en el futuro profesional.

Por las razones antes mencionadas, mejorar los niveles de lectura en nuestro país debe ser una labor y un compromiso compartidos. Para alcanzar este objetivo, el libro que hoy tienen en sus manos ha sido concebido como un instrumento para impulsar la práctica de la lectura en la familia y cerrar la brecha entre el libro y el alumno.

Este *Libro de lecturas* contribuirá a que, por una parte, los alumnos lean por placer, amplíen sus conocimientos generales y fortalezcan los valores para la convivencia familiar; por la otra, a estimular la participación de los padres de familia la tarea de fomentar la competencia lectora y el progreso educativo de sus hijos.

Secretaría de Educación Pública

A los alumnos y maestros:

A lo largo de nuestra vida, la lectura es una habilidad indispensable para el aprendizaje. Con los libros saciamos nuestra curiosidad sobre los temas que nos interesan y se nos abren las puertas a mundos llenos de imaginación y aventura.

Este libro ofrece una serie de textos que han sido seleccionados para despertar el gusto por la lectura. Conviene adelantar que la lectura, como muchas otras actividades, requiere entrenamiento y práctica, así, lo que en un principio parece complicado y de poco interés, con la práctica será diferente: se convertirán en lectores expertos, se divertirán y podrán compartir su experiencia con los demás.

La lectura es una empresa importante en la que alumnos, familia y maestros debemos trabajar. La adquisición de la fluidez lectora permitirá, por medio de la práctica y la retroalimentación constantes, desarrollar la habilidad de leer un texto de manera rápida, precisa y con la dicción adecuada, para mejorar el rendimiento académico y conseguir el éxito escolar.

Por lo anterior, es recomendable abrir un espacio de intercambio de experiencias sobre la práctica de la lectura en la escuela y en el hogar, que funcione de manera periódica (mensual, quincenal o semanal), en el que se comenten las lecturas, las dificultades que se enfrentaron y las sugerencias, generales y particulares acerca de los temas planteados en la sección “Para comentar la lectura”.

¡Ánimo y disfruten su *Libro de lecturas*!

A la familia:

Leer en familia les dará la oportunidad de practicar diversas formas de leer, propiciará un espacio de convivencia que fortalecerá significativamente el aprendizaje escolar de los alumnos. Compartir la lectura con quienes nos rodean cumple varios propósitos: buscar información, dar solución a situaciones problemáticas y conocer escenarios, ambientes y entornos, que les permitan analizar, comparar y tomar decisiones.

A continuación presentamos algunas sugerencias que pueden apoyar la práctica de la lectura en casa:

- Acordar en familia el momento del día que dedicarán a la lectura
- Elegir un lugar tranquilo, agradable y con buena iluminación.
- Seleccionar juntos la lectura.
- En el caso de los más pequeños conviene que la lectura se realice siguiendo el texto con el dedo. Esto les ayudará a relacionar la oralidad con la escritura de las palabras, es decir, reconocer que "lo que está escrito, se puede leer".
- Comentar acerca del título a fin de anticipar el contenido del texto y platicar de lo que se sabe del tema.
- Comentar sobre las imágenes de manera que los niños puedan recrear lo que están leyendo.
- Que los niños identifiquen y nombren personajes y lugares de la historia.
- Permitirles que interrumpan la lectura y preguntarles lo que creen que sucederá a continuación.
- Propiciar que sus hijos hagan comentarios sobre la historia, que cambien algún pasaje a fin de promover la comprensión del texto y favorecer su creatividad.
- Alternar el lugar de lector, pues un buen lector se hace con la práctica.
- Al concluir la lectura, conversar acerca de lo que leyeron. En este momento es recomendable revisar con los niños o jóvenes las palabras que hayan omitido o leído de manera incorrecta.
- Recurrir a la sección "Para comentar la lectura", pues en ella se ofrece una serie de temas y preguntas relacionadas con cada texto. Es un complemento a las sugerencias, ideas y actividades que cada acompañante de lectura proponga.

Recuerde que el maestro de su hijo lo espera en la escuela para apoyarlo.

¡Disfruten en familia la experiencia de la lectura!

Índice

10 **Para temernos mejor**
Rosa Beltrán

14 **El misterio de las 5 cosas que eran también 1 sola**
Sabina Berman

20 **Las alas de Ana**
Laura Martínez Belli

26 **Toma y daca**
Jorge Volpi

35 **El hámster del presidente**
Juan Villoro

40 **Otra historia de 5 cosas que eran 1 sola cosa**
Sabina Berman

50 **El mayor regalo**
Laura Martínez Belli

58 **Lucía y Dientes de Perla**
Pedro Ángel Palou García

62 **Breve escena fraternal**
Carmina Narro

64 **Un lío morrocotudo**
Ignacio Padilla

67 **Camila y Mila**
Guadalupe Loaeza

74 **Flota, Demetria, flota**
Laura Martínez Belli

Para temernos mejor

Rosa Beltrán

Ésta es la historia de una niña llamada Caperucita que se sentía soñada porque nadie tenía ni sabía lo que era una caperuza, y aquello le daba un gustazo enorme. Como todos en su pueblo ignoraban de ropas de marca, decían: "Qué bonita se ve la niña con la capa ésa", y ella percibía cómo daba un baile su corazón. No ignoraba que nunca habría otra Caperucita más que ella y eso se llama originalidad.

Así pues, iba por el bosque con toda su alegría y presunción a cuestas, pensando: "¿Me comeré o no me comeré uno de los pastelillos que mandó mamá? Total ¿Quién lo va a notar? Y además la abuela ya casi no tiene dientes. Quién quita y hasta le hago un favor porque así no se ahoga" En esas estaba, cuando se apareció el lobo y le preguntó lo que ya sabemos: "¿A dónde vas?". Ella respondió como su mamá le dijo que había que responder: "Señor, yo no hablo con extraños y menos si están mal vestidos como usted". Eso bastó para que el lobo cobrara interés y la fuera siguiendo hasta descubrir a dónde iba y llegara a casa de la abuelita tomando el atajo.

Una vez allí, el lobo convenció a la abuela de jugar a las escondidillas y logró que se metiera al armario. La abuelita, que estaba muy vieja y muy sola, consintió en no salir hasta que llegara el leñador que ella imaginó como un príncipe que vendría a sacarla y llevarla de vuelta a sus años de juventud. Y así, esperando, esperando se quedó dormida. El lobo se puso el camisón y el gorro y se metió a la cama.

Cuando Caperucita llegó, tocó varias veces y al ver que no abrían se metió a la casa. Fue al cuarto de su abuelita y entró. Claro que se dio cuenta del engaño enseguida, pues su abuela no tenía esas orejas, ni bigotes tan largos ni piernas peludas, pues usaba cera de depilar. Pero fingió que todo era normal, porque a veces las niñas fingen que no ven lo que están mirando para no hacer al otro quedar mal. “Caperucita”, dijo el lobo, “¿No me notas nada raro?” “Anda, hija, anímate a preguntar”. “No”, respondió Caperucita, y se quedó tan tranquila. “Fíjate bien”, dijo el lobo, “pon un poco de interés”. De modo que la niña se sintió obligada a decir: “Está bien, ¿por qué tienes esos ojos tan grandes?” y “¿por qué tienes esas orejas tan largas?”, y todas esas preguntas que las niñas se ponen a hacer cuando

creen que un señor es tonto o cuando quieren hacerlo tonto o cuando ya no saben qué hacer.

Después de un largo rato, volvió a tomar la canasta y dijo: “Bueno, como ya te visité, ya me voy”. Entonces el lobo salió de la cama, se quitó el gorro y el camisón y confesó: “Caperucita, la verdad me disfracé. Déjame acompañarte, estoy dispuesto a lo que sea con tal de tener tu amistad”. A regañadientes, Caperucita aceptó, siempre y cuando no le hablara mucho y caminara tres pasos atrás de ella. Lo traía para acá y para allá, a puro quiero esto y ahora quiero lo otro, obligándolo a cargar la mochila llena de libros o tratándolo como trapo, según se le ocurriera. A veces, se lo ponía de estola y entonces parecía una reina, toda de rojo y envuelta en pieles.

La gente se burlaba de aquel animal y decía: “ahí va un alma de lobo en piel de oveja”. Pero él no escuchaba, tenía lo que se dice una obsesión, que quiere decir que nada le importaba en el mundo más que hacerse el amigo íntimo de Caperuza. Y ella respondía como sólo sabe hacerlo una niña que tiene a un lobo siguiéndola como un perro faldero: “Mira, lobo, yo aquí como me ves, tengo mis propios amigos. Búscate tus amigos tú.” Pero él no podía porque era un alma sola, un lobo

estepario. O lo había sido, hasta entonces. Y es que nunca se sintió tan contento como brincando la reata o jugando a las traes o atrapando moscas al vuelo con las puras garras o yendo junto a ella en primera fila por delante de un grupo grande de niñas llamadas seguidoras. “Son mis fans”, decía Caperuza cuando él le preguntaba por qué a diferencia de él, ella nunca estaba sola. “Yo ya no estoy solo tampoco”, respondía él, entornando sus grandes ojos con embeleso, pero ella le aclaró: “Es distinto. Tú no estás solo porque me sigues a mí, en cambio, yo no estoy sola porque no dejan de seguirme.”

Tanto trabajó el lobo para ella que envejeció de un plumazo. Y un día en que ella lo obligó a ponerse de tapete, estiró la pata. Al principio, Caperucita pensó que se había librado por fin, sobre todo del jueguito bobo de tener que preguntarle por qué tenía esos ojos tan grandes, y esas orejas tan largas, como si no supiera que así no era su abuelita. Pero como al lobo le encantaba que le hiciera preguntas o no se sabía más juegos, ella, por compasión, siguió con lo mismo durante tanto tiempo. Lo raro es que cuando el lobo murió, Caperucita no quiso ya tener seguidoras, ni se dedicó a buscar otro lobo, ni siquiera se volvió a mirar al espejo. Algo debió de pasarle, dijeron en el pueblo, porque una vez la vieron ponerse en cuatro patas y aullarle a la luna.

El misterio de las 5 cosas que eran también 1 sola cosa

Sabina Berman

1

Éste es el misterio de las 5 cosas que eran también 1 sola cosa.

Éste es el misterio de los 5 dedos que también eran 1 mano.

Éste es un misterio y es también una historia.

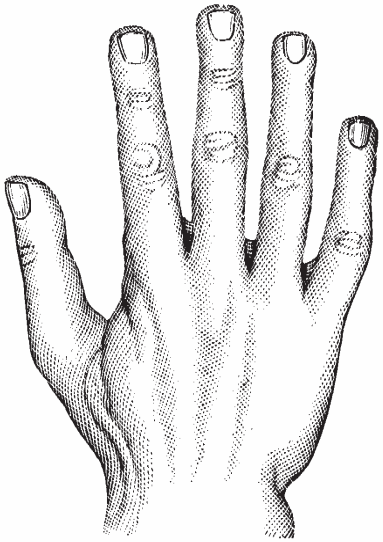
La mano salía cada sábado en la televisión. Salía cantando una canción. Una canción distinta cada semana. El sábado donde empieza nuestra historia, cantaba la canción llamada "Manita". Los 5 dedos cantaban:

Mano, mano bonita, mano chiquita, que Diooooos me dioooo...

Y entonces uno de los dedos, el Dedo Gordo, empezó a moverse muy raro al frente, mientras los otros 4 seguían cantando:

"Mano, mano bonitaaaa..."

Se movía al frente para salir delante de los otros dedos en la televisión.



Cuando el programa acabó, los otros dedos le preguntaron al Dedo Gordo qué le había pasado.

"¡Estoy muy enojado!", gritó el Dedo Gordo. "¡Yo soy el que sale menos en la televisión! ¡Miren la evidencia!", siguió gritando, y les enseñó una fotografía.

Era cierto, salía menos en la televisión que los otros dedos. Como era el más chaparro, su cabeza apenas asomaba en el cuadro de la televisión.

En cambio el Dedo de en Medio, como era el más largo, salía más que todos.

2

El Dedo Gordo estaba muuuy enojado. Lo que más le enojaba era que en la calle nadie lo reconocía, a menos que se escondiera bajo una mesa, o una silla, y nada más asomara un tantito.

Sólo entonces la gente gritaba:

"¡Mira, el Dedo Gordo de la televisión!"

¿Y qué sentido tiene salir en la televisión si luego en la calle no te reconocen?, se preguntaba el Dedo Gordo. "Yo quiero salir en la televisión entero", se decía.

En cambio el Dedo de en Medio salía a la calle y la gente gritaba:

"¡El Dedo de en Medio, el dedo mayor del programa Mano a mano!"

Y el dedo de casi en medio, el dedo llamado el Índice no podía ni salir a la calle porque la gente lo rodeaba para saludarlo y pedirle indicaciones, como si fuera muy inteligente.

"¿Dónde queda el parque?", le preguntaban.

Sus 4 hermanos, los otros dedos, tenían que doblarse y desaparecer para que el Índice indicara.

"Para allí", decía.

“¿Dónde queda una casa azul?”, le preguntaba la gente.

Se doblaban los otros 4 dedos y el Índice indicaba: “Para allá.”

“¡Estoy furioso!”, rugió el Dedo Gordo ante sus 4 hermanos. “¿Por qué le preguntan al Dedo Índice y no a mí? ¿Y por qué si el Dedo Índice contesta tenemos todos que doblarnos? ¿Y además, por qué el Dedo de en Medio sale más que yo en la televisión?”

El Dedo Anular no decía nada por no enojar más al Dedo Gordo, pero de pronto sí dijo algo muy importante:

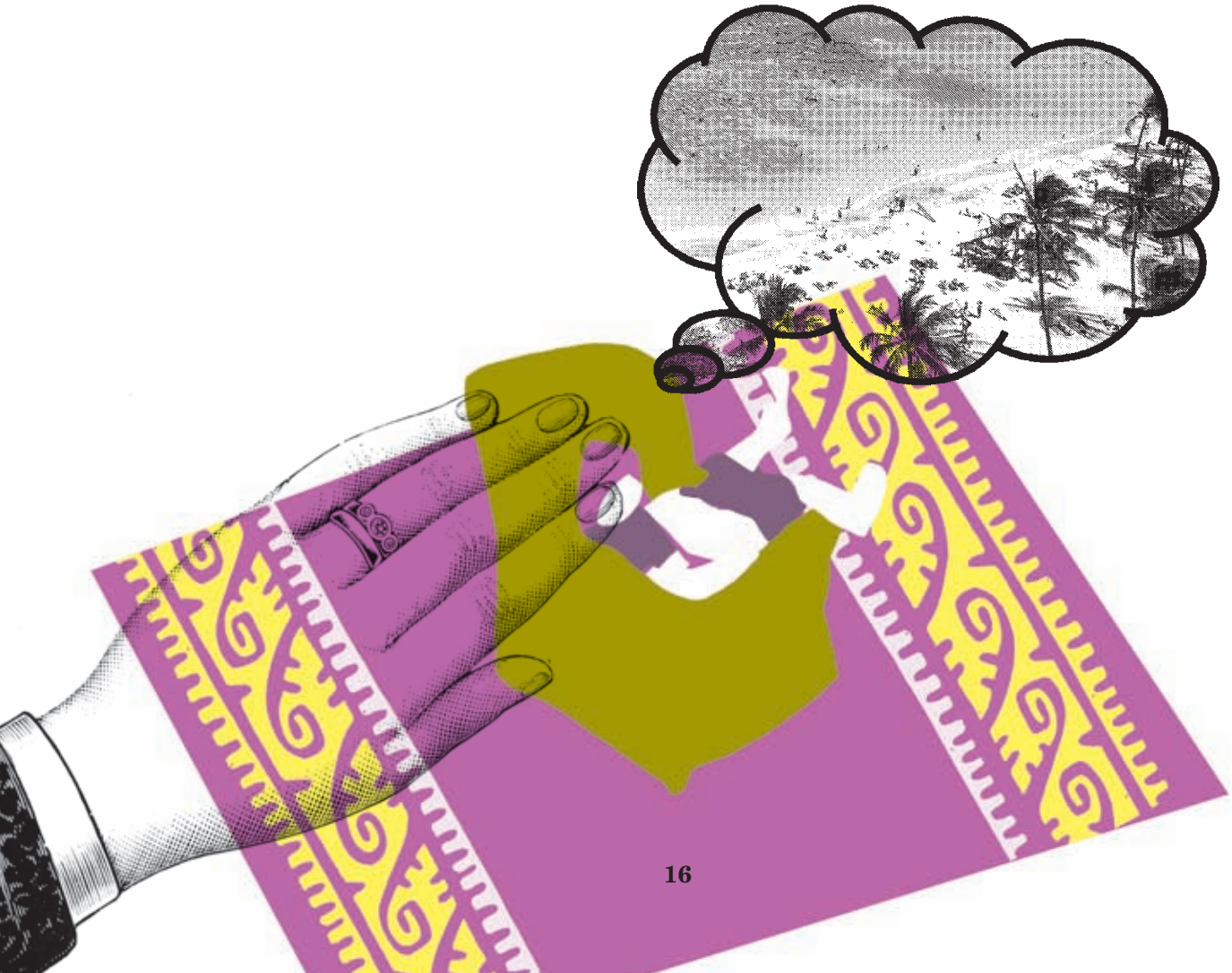
“Muchachos, ya no aguanto este pleito, me voy a casar. Me voy a casar y me voy a ir con una dedo de otra mano a vivir a Honolulu, en Hawái. Miren, éste es mi anillo de compromiso.”

Lo traía puesto: un anillo de oro.

“Por favor no te vayas”, le pidió el Dedo Índice.

“No te vayas, manito”, le rogó el Dedo de en Medio.

“Sí me voy”, contestó el Anular. “Ya no aguanto tanto enojo del Dedo Gordo, con permiso.”



"POR FAVOR, NO TE VAYAS"

3

El Dedo Anular trató de irse en ese mismo momento. Pero descubrió que estaba pegado a sus 4 hermanos. De veras trató de separarse, pero no pudo irse para un lado o para el otro.

Se quedó entonces muy incómodo el Dedo Anular. Se quedó muy irritado entre sus 4 hermanos, sentía que lo apretaban. Y sentía que además lo apretaba el anillo de matrimonio. Y además ese día hacía mucho sol y sentía que hasta el calor lo apretaba.

Así andaban los 5 dedos, muy molestos entre sí. Tratando de separarse entre ellos para ni siquiera rozarse.

Y así llegó el sábado, el día del programa, y los 5 dedos se pararon frente a la cámara, todos de pésimo humor. En especial el Dedo Gordo, que trató de apartarse y mirar a otro lado, porque había decidido ya no salir en la televisión. Si sólo iba a salir la punta de su cabeza prefería no salir nada.

Viéndolo apartarse tanto, el Dedo Anular estalló. Dijo furioso:

"No podemos trabajar así. Yo me voy ahora mismo a Honolulu, aunque tenga que ir con todos ustedes juntos."

El Dedo de en Medio dijo:

"No, yo no voy a Honolulu, yo quiero salir mucho en la televisión."

El Dedo Gordo dijo:

"¡Yo sí me voy a Honolulu! ¡Vámonos ahora mismo!"

El Dedo Índice solo se dobló, muy triste.

Y el dedo chiquito, el Meñique, dijo:

"Hermanos, yo he estado muy calladito en esta historia, pero quiero decirles algo a todos ustedes."

"Te escuchamos", dijeron los otros dedos a coro.

El Meñique gritó:

"¡Los odio!"

"¡Los odio!"

"¡Los odio!"

Eso dijo el Dedo Meñique que hasta este momento había estado muy calladito.

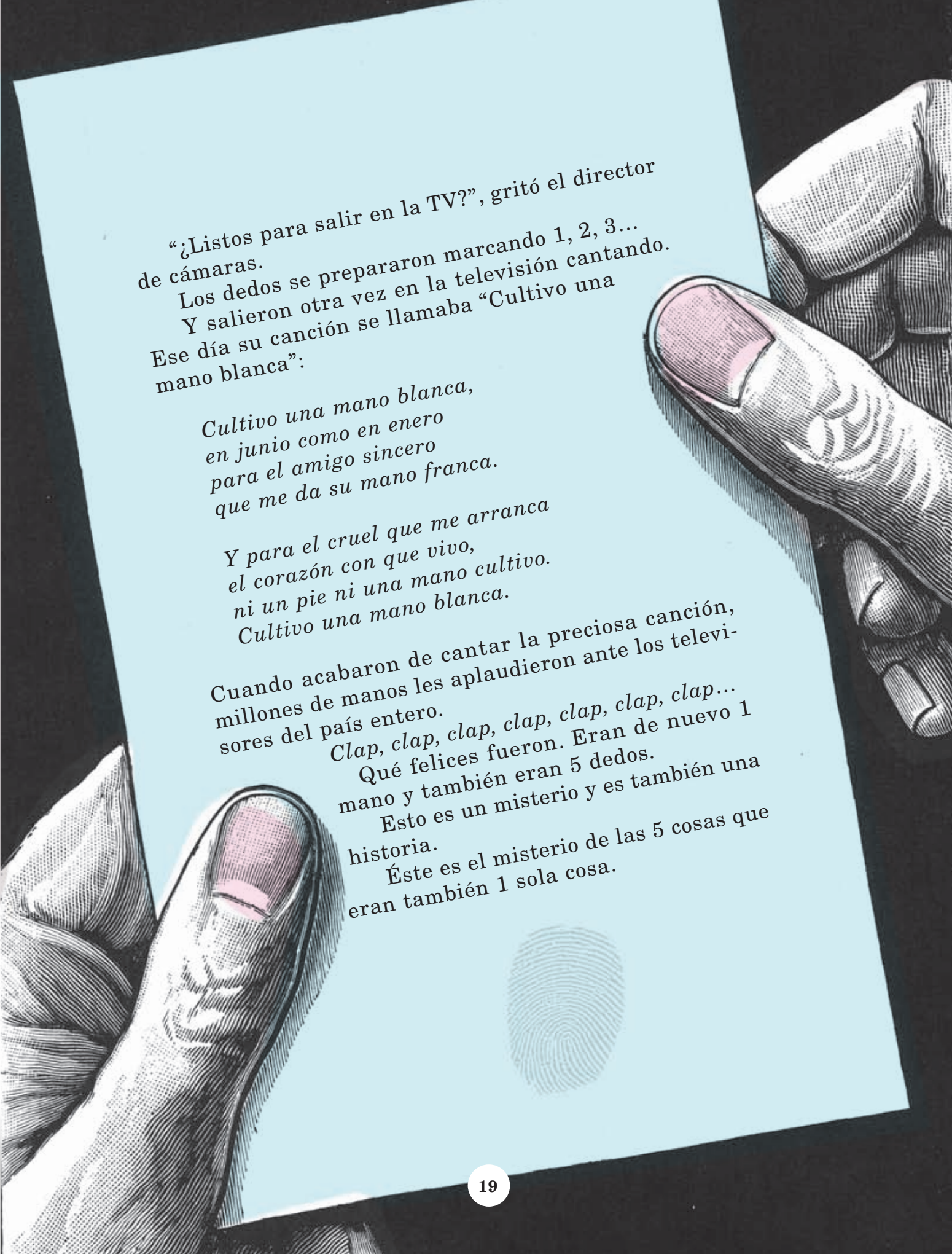
De pronto, algo extraordinario sucedió. La mano completa golpeó con la palma abierta una mesa.

Plaz.

Luego aplaudió contra otra mano.

Clap, clap, clap, clap, clap, clap.

Cuando acabó de aplaudir, los dedos estaban rojos y sorprendidos. De pronto se les habían olvidado todos los enojos y las tristezas y hasta el viaje a Honolulu. De pronto se habían acordado de que eran 5 dedos pero juntos una sola mano, lo quisieran o no.



"¿Listos para salir en la TV?", gritó el director de cámaras.

Los dedos se prepararon marcando 1, 2, 3...

Y salieron otra vez en la televisión cantando. Ese día su canción se llamaba "Cultivo una mano blanca":

Cultivo una mano blanca,
en junio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
ni un pie ni una mano cultivo.
Cultivo una mano blanca.

Cuando acabaron de cantar la preciosa canción, millones de manos les aplaudieron ante los televisores del país entero.

Clap, clap, clap, clap, clap, clap, clap...

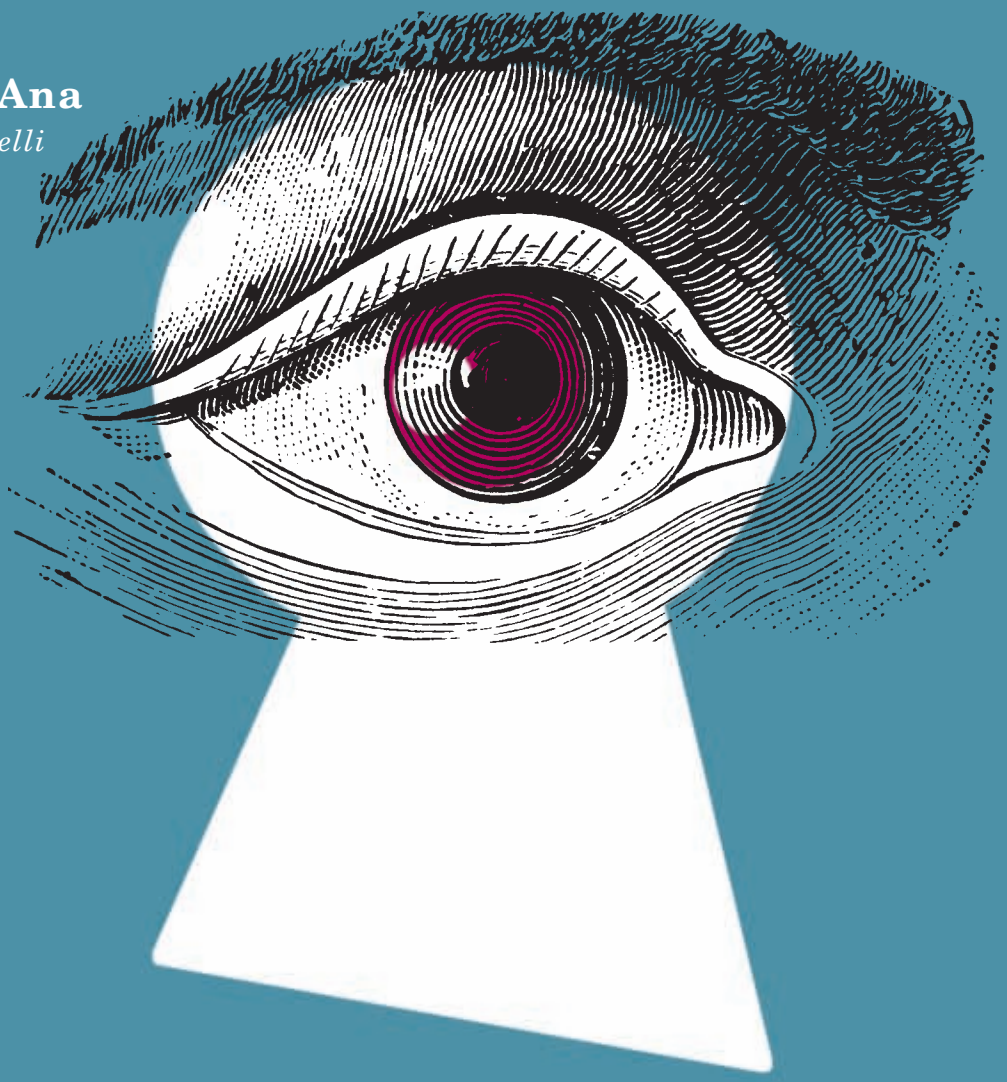
Qué felices fueron. Eran de nuevo 1 mano y también eran 5 dedos.

Esto es un misterio y es también una historia.

Éste es el misterio de las 5 cosas que eran también 1 sola cosa.

Las alas de Ana

Laura Martínez Belli



Últimamente me ronda la sospecha de que mi amiga Ana no es de este mundo. Hay algo en ella que la hace especial, diferente. Cuando se enfada, se pone roja, roja como un jitomate, y si uno está cerca, puede ver cómo le empieza a salir de las orejas un hilo de humo blanco.

Y a la hora del recreo, cuando todos comemos los refrigerios que nos mandan de casa, una fruta, un jugo o un sándwich de jamón, ella se aparta de todos y se esconde detrás de unos arbustos.

Así que he decidido espiarla. A ver si descubro por qué Ana se comporta así. Llegó nueva este ciclo escolar y nos tocó trabajar juntos en la misma mesa de trabajo. Habla poco. Creo que es muy tímida. Me cae bien, pero no puedo reprimir la idea de que esconde algo.

A la salida de clases, la sigo, teniendo cuidado de no ser visto. Me voy escondiendo entre la gente. Me oculto tras los puestos de revistas, o detrás de las cabinas telefónicas. Ella no voltea. Va ajena, pensando en sus cosas. De vez en cuando se detiene y gira la cabeza, como he visto que hacen los perros al escuchar un silbato. Yo contengo la respiración y, tras unos segundos, continúa avanzando.

Por fin, Ana llega a su casa. Es amarilla y tiene una puerta color azul. Toca tres veces. *Toc, toc, toc*. Luego abren y ella pasa sin saludar a nadie. Yo me acerco e intento asomarme por una ventana.

Y entonces, veo algo que me deja perplejo. Atónito. Sin habla.

Ana avienta la mochila sobre la mesa del comedor. Después, se estira. Luego, se jala las orejas. Una con la mano izquierda y otra con la derecha. Y entonces, de su espalda brotan unas alas enormes, bonitas, con plumas verdes. Ella se sacude y suspira. Liberada. Como quien durante mucho tiempo tiene que encoger los dedos en unos zapatos apretados. Por primera vez, la veo sonreír. La veo enseñar una fila de dientes blancos, radiantes, y sus ojos brillan como miel traslúcida. Me parece feliz. Recorre la estancia en busca de alguien. Alguien viene. Con mis ojos sigo la ruta de la mirada de Ana. Y veo que corre a abrazar a otro ser igual que ella.

Pero… ¿qué es, entonces, Ana? ¿Es un ángel? ¿Una niña pájaro? ¿Puede volar?

Tantas preguntas se me arremolinan de golpe, que tropiezo sin darme cuenta con una maceta de flores que hay en la ventana. La maceta cae al suelo haciendo un ruido enorme. Y yo, salgo corriendo por donde he venido sin esperar a que me descubran.

Al día siguiente, Ana está sentada junto a mí. Yo la observo con más curiosidad que nunca. Sé que no sonríe porque está incómoda. Sus alas están prisioneras en una cárcel que nadie puede ver. La miro. Me mira. Siento que sospecha que he sido yo quien espiaba por la ventana. O quizás, pienso eso porque no puedo con el peso de mi conciencia. Me muero por decirle que sé que

tiene alas, pero no me atrevo. No es el momento. Y decido esperar al recreo.

Como Ana apenas habla, me es difícil encontrar un tema de conversación. Además, ella —otra vez— se ha ido a esconder tras los arbustos. Pero me animo, me cargo de valor, y voy tras ella. Me asomo cauteloso, y la veo allí, sentada, viendo al cielo. Le digo "hola", y ella me mira, extrañada. Me temo que quiere estar sola. Pero me da igual y me siento a su lado.

—¿Qué miras? —pregunto.

Ana, sin dejar de ver el cielo, me contesta:

—Las nubes.

Y entonces, suelto una pregunta tonta, absurda, de la cual me arrepiento nada más sale de mi boca. Pero le digo:

—¿Tu vivías allí?

Ana me mira curiosa. Sé que sabe que conozco su secreto. Pero aguanto su fulminante mirada. No digo nada. No quiero estropear el momento.

Y entonces, sucede algo increíble. Mágico. Algo que no acabo de entender hasta momentos más tarde. Ella me sonríe. Me toma de la mano y me susurra al oído que cierre los ojos. Yo obedezco, sin dudar. Siento una ráfaga de aire fresco, como cuando se abre una ventana en un día caluroso y comprendo, sin ver, que ella ha liberado sus enormes alas.

—Abre los ojos —vuelve a susurrarme.

Y al hacerlo, la veo tal y como es ella. Libre. Sin ataduras. Sin secretos. Lista para volar.

Me agarra de las manos y emprende el vuelo. Nadie se percata de que sobrevolamos sobre sus cabezas, absortos cada uno en lo suyo. Las maestras corrigiendo niños, chicos jugando futbol, la señora de la tiendita, un joven parando un taxi. Nadie nos descubre, y yo no puedo creer que la gente no se tome el tiempo de ver por encima de sus cabezas para vernos volar por los aires.

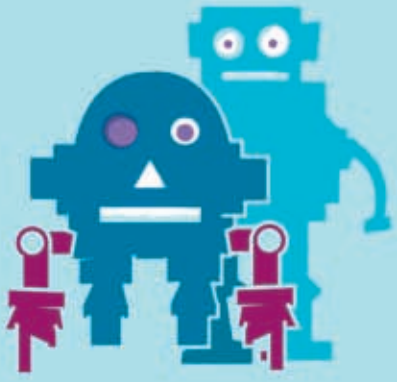
Ella no me suelta. Yo siento el viento en mi cara. Volamos. Volamos alto. El momento dura lo suficiente como para no querer que acabe nunca. Me lleva a las nubes, que se deshacen a nuestro paso como los hilos del algodón de azúcar.

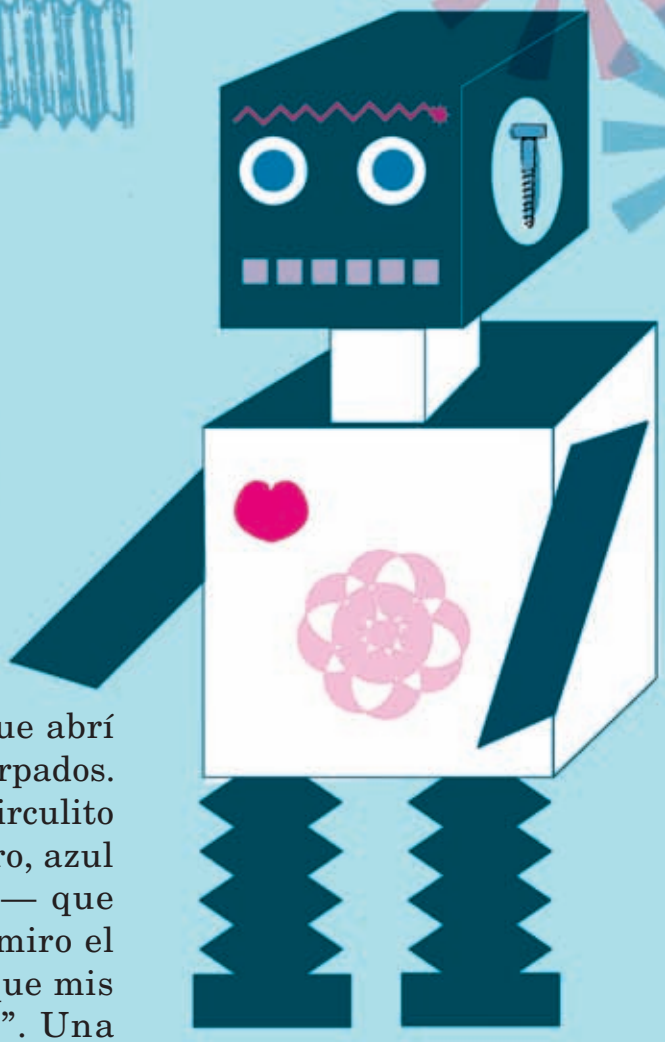
Después, me deja en el suelo. Firme. Se acerca lentamente, como para darme un beso en la mejilla. Pero en lugar de eso me susurra al oído:

—Gracias —y retoma el vuelo.

Toma y daca

Jorge Volpi





Me gustaría contarles que abrí los ojos, pero no tengo párpados. Tampoco pupilas ni ese circulito de colores —a veces negro, azul o café, pero nunca rojo— que tienen los humanos. Yo miro el mundo con un aparato que mis mamás llaman "sensor". Una lucecita roja que salta de un lado a otro en mi cabeza. Oyeron bien: cabeza sí tengo. Una caja enorme, más cuadrada que redonda, con un hermoso brillo de aluminio. Alguna vez le dije a Mamá A que me la pintara de morado, pero ella sólo sonrió.

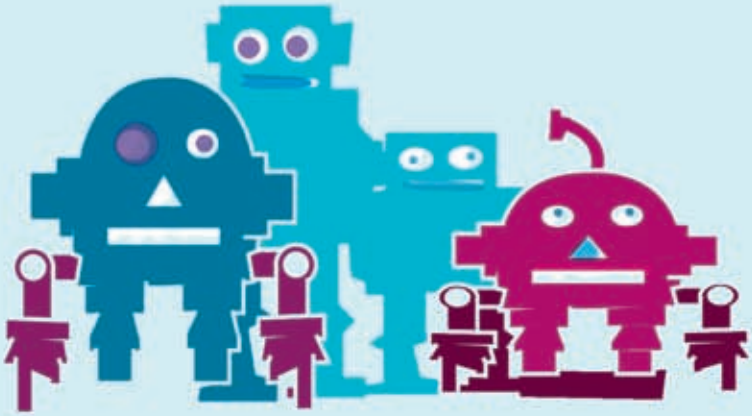
En fin, voy a decirlo así: abrí los ojos y descubrí frente a mí a PAN-CHO, un robot seis años mayor que yo. Mamá B me había prevenido sobre este tipo de androides. Al parecer, salieron defectuosos, o algo así, y a veces se vuelven groseros. PAN-CHO pesaba el doble que yo y siempre estaba de mal humor. Desde el primer día de clases, RO-DRI me aconsejó que no lo mirara a los ojos y que, si él me miraba a mí, corriera lo más rápido posible. Los robots de mi clase no tenemos piernas, sino orugas, pero ustedes ya me entienden.

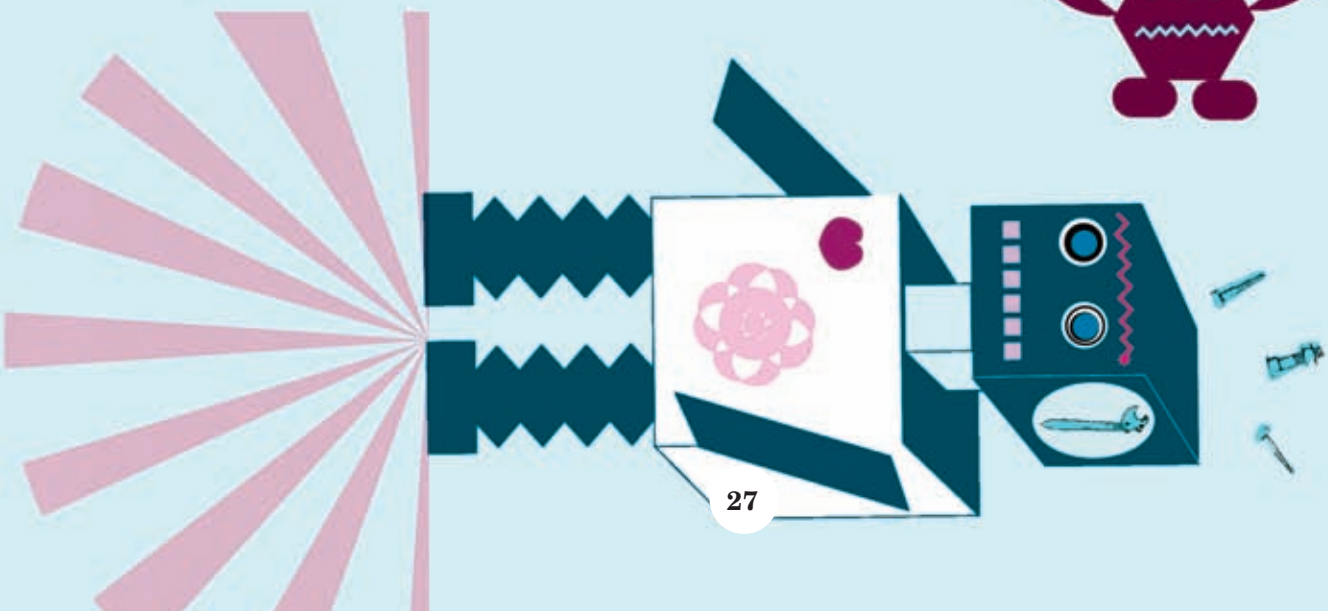
A PAN-CHO no le gusta su nombre y nos tiene prohibido repetirlo. Una vez, un pequeño androide no le hizo caso y casi le achicharra los circuitos. Incluso los profesores, tanto humanos como electrónicos, le tienen miedo. Aunque reprobó Astrofísica, apenas lo regañan. A mí, por menos de eso, Mamá A me hubiese dejado un mes sin jugar futbol y Mamá B me hubiese obligado a limpiar la casa una semana.

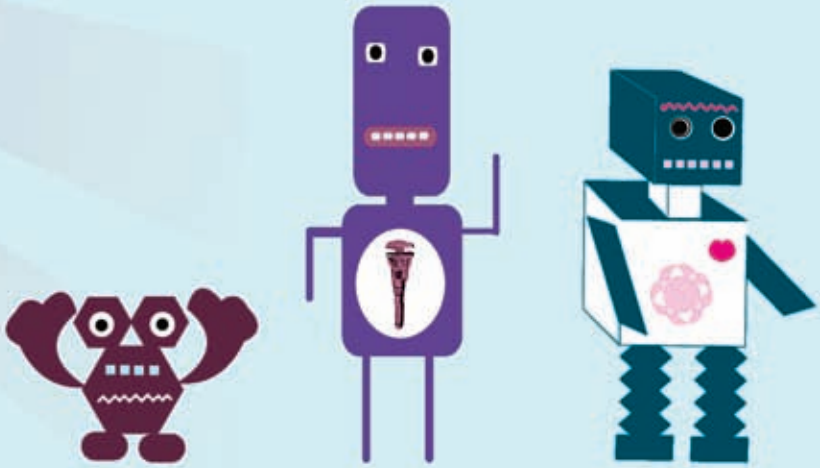
Según RO-DRI, PAN-CHO es el último descendiente de una familia de robots que hace siglos se rebelaron contra los humanos y tuvieron que ser desconectados.

Bueno, pues ahí estaba yo, en el suelo, y PAN-CHO se reía de mí. Sus carcajadas sonaban como un taladro. Me levanté y traté de conservar la calma. Según DIE-GO, lo peor que puedes hacer con PAN-CHO es demostrar que le tienes miedo.

¿Pero por qué estaba yo en esa posición? Lo último que recordaba, antes de perder el conocimiento, era un fuerte golpe en la cabeza. Entonces reinicié mi memoria y volví a ver lo que había pasado.







Yo caminaba tranquilamente hacia mi casa, acompañado por RO-DRI y DIE-GO. De pronto, nos topamos con PAN-CHO y su pandilla. Los tres tratamos de darnos la vuelta, pero allí nos esperaban sus amigos. Tratamos de seguir adelante, pero PAN-CHO y su pandilla nos lo impidieron. Yo traté de esquivar a PAN-CHO, pero él fue más rápido y me golpeó en la cabeza, haciéndome caer al suelo.

—Yo digo quién pasa y quién no —nos dijo—. ¿Y tú quién eres?

—TRU-CO —respondí.

PAN-CHO volvió a reírse.

—Ah, ya sé —dijo con gesto malévolo—. El robot que tiene dos mamás.

La verdad, nunca lo había pensado. De todos los androides que conozco, yo soy el único con dos mamás. MI-LA sólo tiene mamá, PE-DRO vive con sus abuelos, y RO-DRI y DIE-GO tienen mamá y papá, aunque viven con su mamá y su novio. Sólo yo tengo a Mamá A y a Mamá B. Las dos me ensamblaron juntas. Y los tres nos queremos mucho. Pero cuando PAN-CHO se burló de mí, no supe qué responder.

Me gustaría contarles que lloré, pero, como ustedes saben, los robots no tenemos lágrimas. Pero mis bocinas lanzaron un ruidito suave, como un chillido.

Al oírme, PAN-CHO se dio cuenta de que había ganado.

—Vámonos —les ordenó a sus amigos.

RO-DRI y DIE-GO me abrazaron y los tres nos fuimos corriendo.

Cuando llegué a casa, Mamá A se preparó para llevarme a jugar futbol, pero yo le dije que prefería quedarme en mi

cuarto. Mamá B llegó más tarde, me dio un beso y me llamó a la mesa. Siempre cenamos juntos los tres. Bueno, ellas dos comen mientras yo las miro.

—¿Cómo te fue en la escuela? —me preguntó Mamá B.

—Bien.

—¿Qué hiciste? —me preguntó Mamá A.

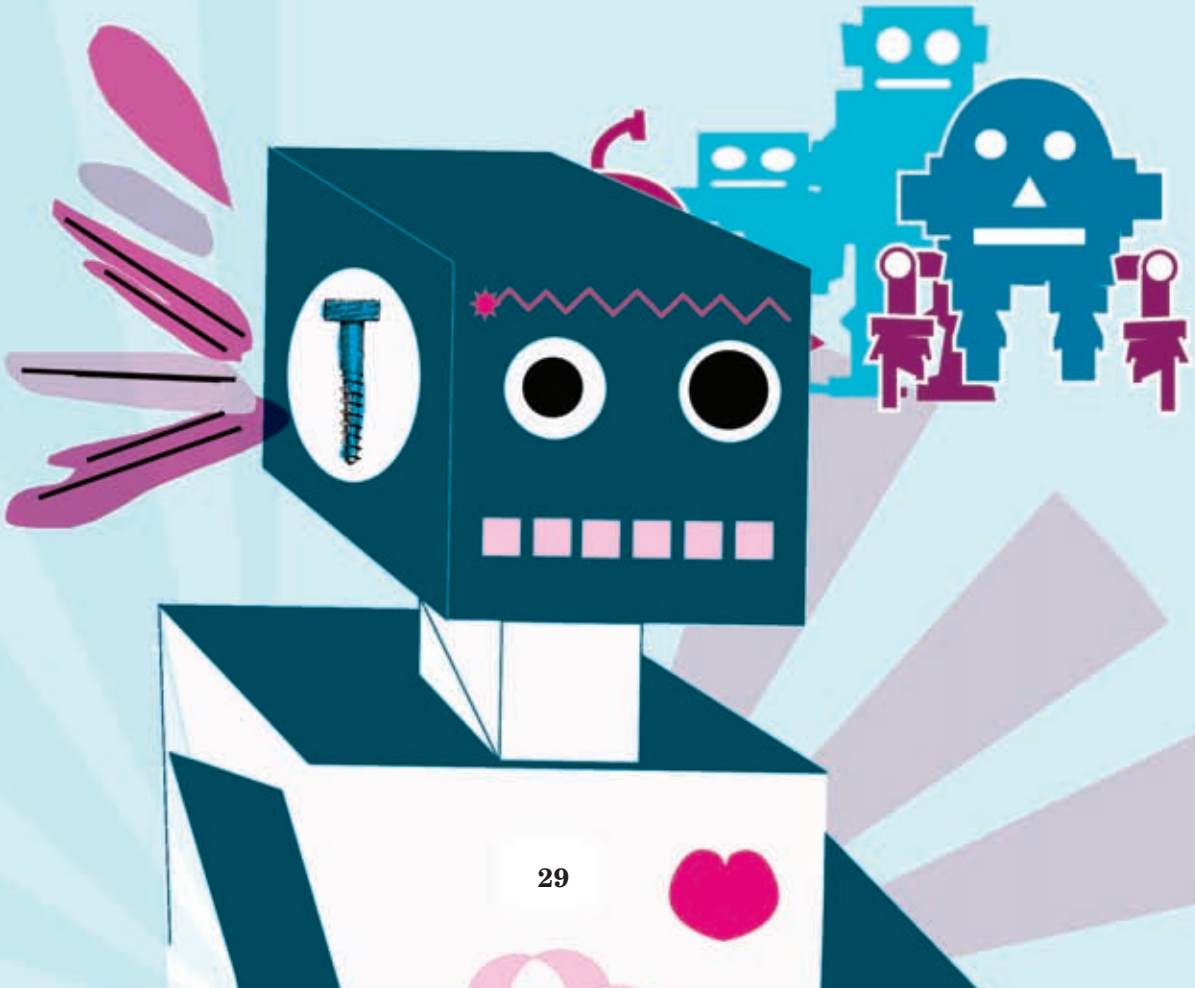
—Nada.

La verdad, no quería hablar. En cuanto terminaron su cena, me fui a mi cuarto.

Esa noche tuve una pesadilla en la que PAN-CHO me pegaba. Por la mañana, fingí una sobrecarga para no ir a la escuela, pero Mamá B se dio cuenta y me mandó de todos modos.

Al terminar la clase de Agujeros Negros, RO-DRI, DIE-GO y yo salimos rápidamente del salón para escapar de PAN-CHO, pero él ya nos esperaba a la salida. Otra vez no nos dejó pasar. Otra vez dos robots tomaron a mis amigos por la espalda. Otra vez PAN-CHO se burló de mí. Y otra vez volví a llorar (ya saben a qué me refiero).

Al llegar a casa, me encerré en mi cuarto y le dije a Mamá A y a Mamá B que no pensaba salir.



Por suerte, al día siguiente era sábado. Fui a jugar futbol con RO-DRI y DIE-GO, aunque no tenía muchas ganas. Al final, RO-DRI me pidió que los acompañara.

—¿Adónde?

—Tú sígueme —me dijo.

Recorrimos media ciudad hasta llegar a un extraño edificio. Una especie de pirámide, con una sola puerta y ninguna ventana.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

—Vamos a hablar con un robot viejo.

Atravesamos la pirámide y pasamos a una sala inmensa, blanca y luminosa. En las paredes había millones de lucecitas azules que se prendían y apagaban.

—Conéctate aquí —me dijo DIE-GO, señalándome un enchufe.

Sentí un cosquilleo. No sé exactamente qué pasó, pero de pronto me vi hablando con ese viejo robot. Aunque no tenía nombre, lo llamaré SI-GO.

—Problema detectado —me dijo—. PAN-CHO. Robot agresivo.

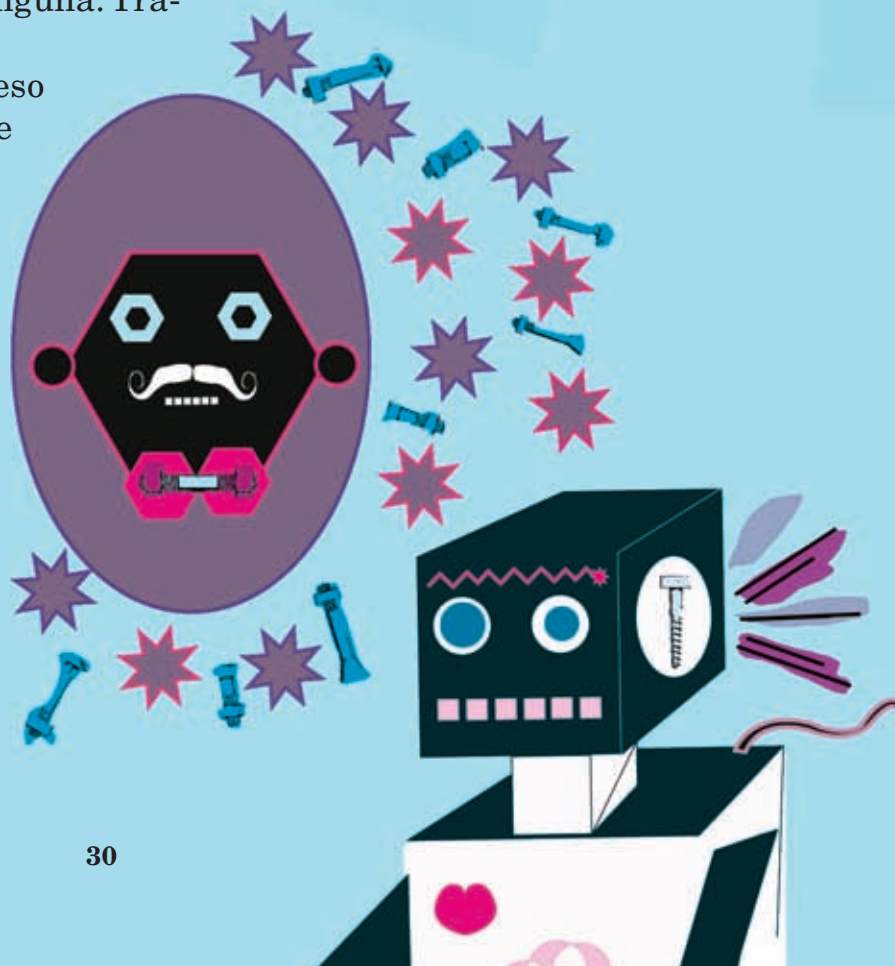
—Sí —dije yo.

—Padres de PAN-CHO desconectados hace mucho. Huérfano. Tú tienes dos mamás, él ninguna. Trata de comprenderlo.

Lo comprendía, pero eso no iba a impedir que me golpease.

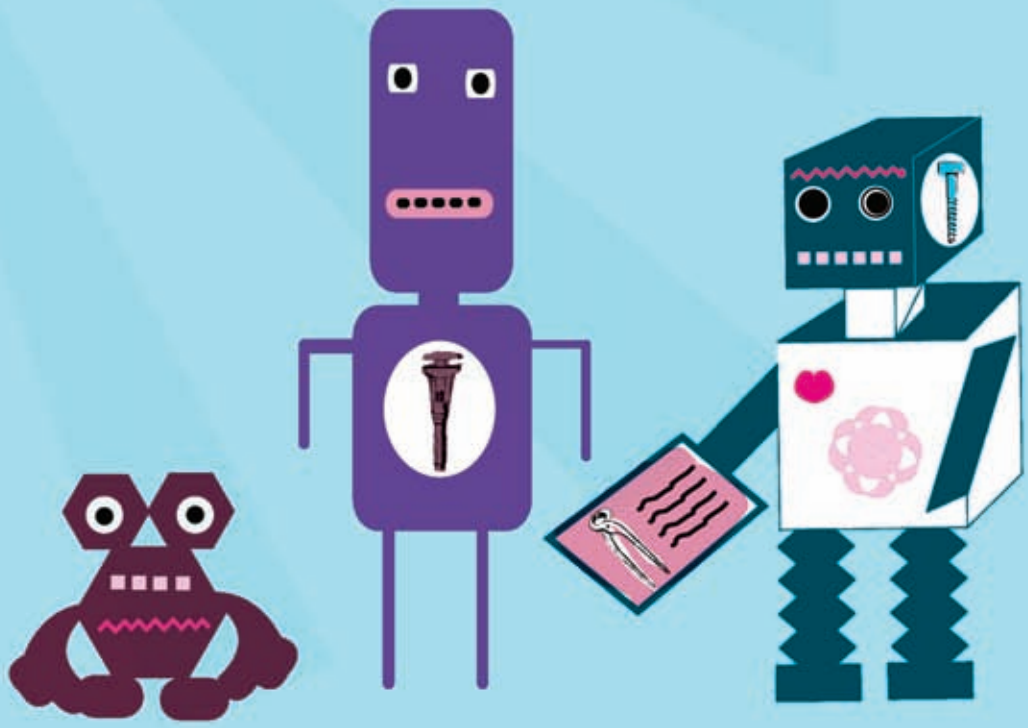
—¿Y qué puedo hacer cuando me molesta?

SI-GO hizo un ruido extraño, y me entregó unas instrucciones escritas en una tarjetita de papel.



—Si sigues estas reglas, PAN-CHO pronto te dejará de molestar. Úsalas siempre. Ese es mi consejo. Ahora, adiós.

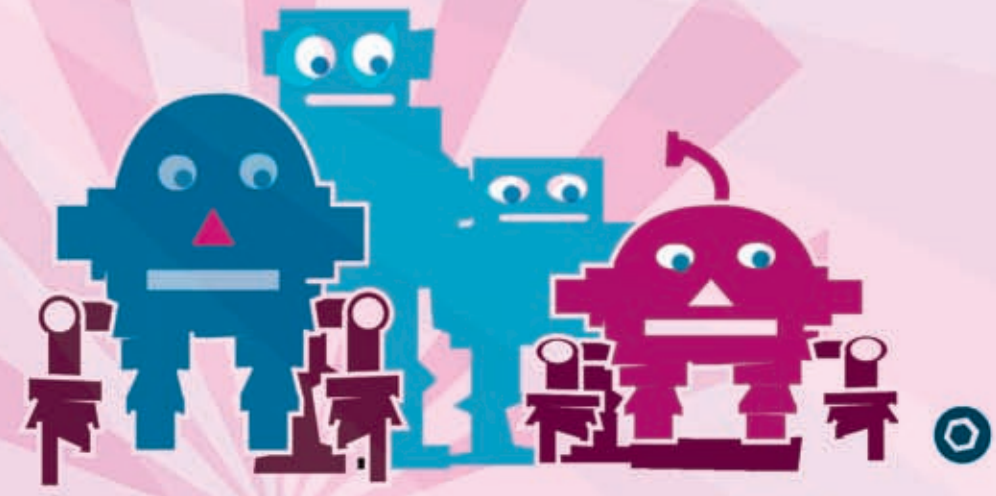
RO-DRI, DIE-GO y yo abandonamos la pirámide. Ya afuera, les enseñé la tarjeta:



REGLAS DEL TOMA Y DACA:
Sé siempre generoso, claro, severo, justo y poco rencoroso.

1. De entrada, siempre debes ser bueno y simpático con los demás robots.
2. Si aun siendo simpático un robot te ataca, respóndele de la misma manera (pero sin pasarte).
3. Una vez que le has respondido, olvídate de lo que pasó y vuelve a ser bueno y simpático con ese robot (no seas rencoroso).
4. Compórtate siempre así, para que todos sepan cómo eres con los demás robots.

A RO-DRI, a DIE-GO y a mí nos parecieron muy raras esas instrucciones, pero decidimos probarlas al día siguiente.



Al terminar la clase de Búsqueda de Extraterrestres, PAN-CHO se plantó como de costumbre delante de nosotros. En vez de tenerle miedo, decidí saludarlo amablemente.

—Hola, PAN-CHO, ¿cómo has estado?

PAN-CHO se sorprendió. Tardó unos segundos en reaccionar, pero al final volvió a ser el PAN-CHO gruñón de siempre.

—Muy educadito, ¿no? —me dijo con burla—. Como tienes dos mamás eres muy educadito.

Yo había sido amable, y PAN-CHO en cambio volvía a ser malvado. Aunque me costó trabajo, decidí seguir las reglas. Tenía que responderle como él.

—Es mejor tener dos mamás que ninguna —le dije. Y me puse a temblar.

PAN-CHO se quedó congelado. Ya saben que los robots no lloramos, pero parecía como si las bocinas de PAN-CHO fueran a hacer *ese* ruidito.

Cumplida mi misión, traté de ser amable de nuevo.

—Y ahora, por favor, déjanos pasar —le dije.

Otra vez PAN-CHO se paralizó.

—Lárguense de aquí —gritó.

Pero nos dejó pasar. RO-DRI y DIE-GO y yo saltamos de felicidad.

Al día siguiente, al acabar el curso de Naves Espaciales, se repitió la misma historia. PAN-CHO nos impidió el paso, yo lo saludé, él volvió a burlase de mí, yo me burlé de él, y volví a pedirle por favor que nos dejara pasar. Y él nos dejó.

Un mes después, luego de repetir esta misma rutina todos los días, pasó algo maravilloso. Al acabar la clase de Submarinos, volvimos a toparnos con PAN-CHO.

—Hola, PAN-CHO —lo saludé—, ¿cómo andas hoy?

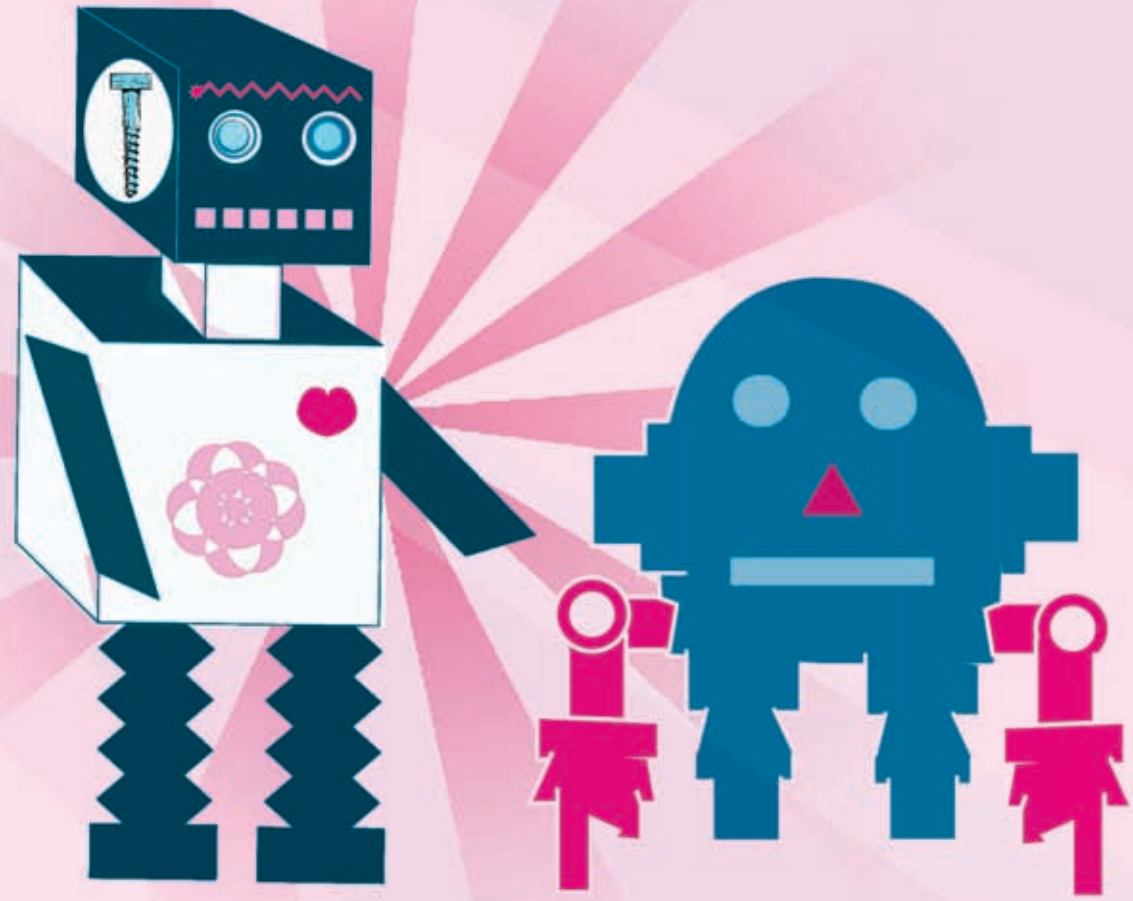
Pero, en lugar de burlarse de mí, esta vez PAN-CHO me respondió:

—Bien, ¿y tú?

Y nos dejó pasar.

RO-DRI, DIE-GO y yo no nos hicimos amigos de PAN-CHO, pero al menos empezamos a saludarnos todos los días.

Esa tarde le conté a Mamá A y a Mamá B lo que había pasado. Las dos me abrazaron y me dieron un beso. Y me dijeron que, algún día, debería dar un paso más e invitar a PAN-CHO a jugar con DIE-GO y con RO-DRI. Les contesté que lo iba a pensar.



El hámster del presidente

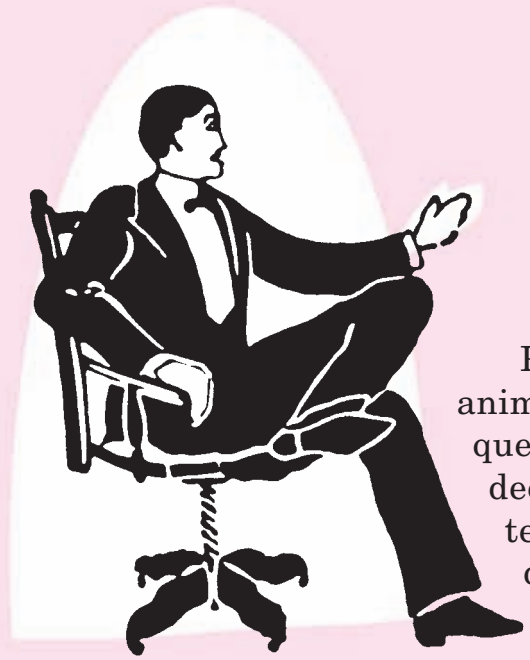
Juan Villoro

El presidente usaba un abrigo lleno de bolsillos. Ahí guardaba todas las cosas que necesita quien gobierna un país. Tenía un silbato para llamar la atención, las llaves de la cárcel por si debía liberar a un prisionero, caramelos para endulzar las malas noticias, una cámara para retratar ciudadanos favoritos y un sándwich de jamón de pavo por si le daba hambre en las largas ceremonias a las que tenía que asistir.

Nadie lo había visto sin esa ropa esencial. El presidente gobernaba con el abrigo puesto.

Un día repartió premios a los alumnos más inteligentes de todas las escuelas y uno de ellos notó algo raro: el abrigo tenía un bolsillo que brincaba. Sin pensarlo dos veces, el niño metió la mano en el abrigo. ¿Qué encontró ahí? Un hámster, ni más ni menos.

El presidente era muy activo porque el hámster lo despertaba cada vez que estaba a punto de dormirse en medio de un discurso. El roedor le proporcionaba energía, pero también consejos. Cuando el presidente no sabía qué hacer, se ponía la mascota en la cabeza para que le revolviera las ideas. Ya se estaba quedando calvo de tantas vueltas que el hámster daba en su coronilla.



Por desgracia, el presidente había elegido un animalito de muy mal carácter, un hámster enojón que le provocaba disgustos y lo hacía tomar locas decisiones. Los demás políticos dijeron que ellos tenían un mejor hámster, una mascota amable, dispuesta a ayudar a la gente.

Entonces el pueblo tomó una decisión histórica: no sólo elegiría al presidente, sino al hámster que lo acompañaba.

Cuando llegó el momento de hacer elecciones, los candidatos se tuvieron que presentar en compañía del hámster que los ayudaría en su importante trabajo. No sólo es importante saber quién gobierna a un país, sino quiénes son sus colaboradores.

La gente se informó de cuáles eran los hámsteres más astutos, los más entregados, los más serviciales, los más simpáticos, y así fue preparando su voto.

Algunos hámsteres confiaban demasiado en su apariencia y no trabajaban mucho. Fue el caso de un espectacular hámster-dálmata. A todo mundo le fascinó su pelo blanco con motas negras, pero después de posar para las fotografías no hizo otra cosa que dormir largas siestas.

Un hámster entusiasmó con sus cabellos dorados, pero al primer remojo, sus pelos se despintaron y perdió el apoyo del pueblo, que no quería un animal disfrazado. “El que finge que su pelo es de otro color, puede fingir algo peor”, pensó la gente.

Hubo un hámster demasiado travieso que se comió los botones de su dueño y otro indisciplinado que se puso a nadar en la jarra de agua que descubrió en un banquete.

No faltó el hámster que hacía espectaculares acrobacias, pero se negaba a participar en asuntos sencillos, como hacerle cosquillas a su amo para que no se durmiera en público. ¿De qué sirve saltar por los aires cuando el presidente ronca?

Un candidato a la presidencia llegó con un hámster que sabía chiflar y otro con un hámster que se paraba de cabeza. Se trataba de habilidades fantásticas, dignas del mejor circo, pero poco necesarias para gobernar. El presidente necesitaba un animal de compañía que lo ayudara a estar concentrado, no una mascota que lo distrajera.

Poco a poco, la gente entendió que los hámsteres se asemejaban a los humanos. Podían ser presumidos, leales, flojos, tramposos, inteligentes, distraídos, bobos, glotones, cariñosos, generosos, egoístas, en fin, podían ser como nosotros.

Esto ayudó mucho a valorarlos y a entender mejor a las personas que querían ser presidentes. Como las mascotas se parecen a su dueño, fue fácil descubrir las virtudes y los defectos de los políticos por las mascotas que tenían y la forma en que las cuidaban.

La democracia se perfeccionó con este trabajo de equipo.

Las elecciones fueron ganadas por un hombre que tenía un hámster sencillo, un poco gordito, color café cartón, con una mancha color leche en la barbilla. Lo que más impresionó de ese candidato fue la manera en que quería a su mascota. La trataba con respeto y cariño, le hacía "piojito" y la peinaba con un peine diminuto. "Si así trata a su hámster, también a nosotros nos tratará de maravilla", pensó la gente.

Y así sucedió.

A partir de ese momento, la política tomó en cuenta a las mascotas. En todos los parques se colocaron ruedas para que ahí giraran y se entrenaran los candidatos a hámster del presidente.

Otra historia de 5 cosas que eran 1 sola cosa

Sabina Berman

1

Ésta es otra historia que nace del mismo misterio del que nace otra historia que escribí hace tiempo. El misterio de las 5 cosas que son al mismo tiempo 1 sola cosa.

Éste es el mismo misterio y también es otra historia. La historia del cuerpo de la señorita Margarita que era al mismo tiempo 5 partes.

2 piernas + 2 brazos + 1 cabeza muy bonita = las 5 partes del cuerpo de la señorita Margarita.

Sucedió que la señorita Margarita andaba buscando con quién casarse. Una noche en una fiesta conoció a un señor llamado Muy y apellidado Gordo. El aspecto del señor Muy Gordo no contradecía su nombre, era muy gordo, pero además tenía el pelo muy grasoso y una boca que no paraba de moverse: o hablaba o comía de los pastelitos que les ofrecían en la fiesta.

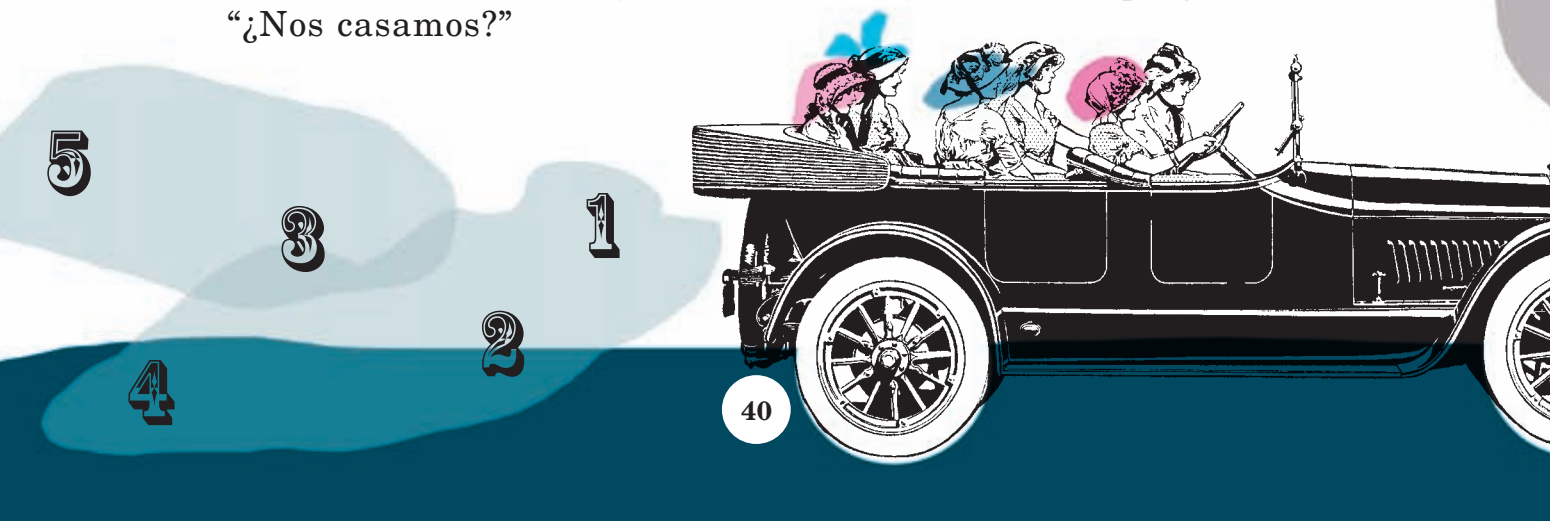
La verdad sea dicha desde el principio, a Margarita no le gustó el señor Muy Gordo. Pero luego Margarita oyó decir al señor Muy Gordo que además de gordo era también muy rico. Lo dijo así:

—Sí, soy muy gordo, pero también soy muy rico. Tengo 2 aviones, 3 coches, 4 casas y 5 ex esposas.

La cabeza de Margarita pensó:

—¡Genial! Me caso con el Muy Gordo por 1 año y entonces me regala 1 avión, 1 coche y 1 casa. No quiero que me regale una ex esposa, porque ¿para qué la uso yo?

No, no estaría mal, pensó Margarita, y se puso de puntitas, le dio un beso en la mejilla al señor Muy Gordo y le preguntó: "¿Nos casamos?"



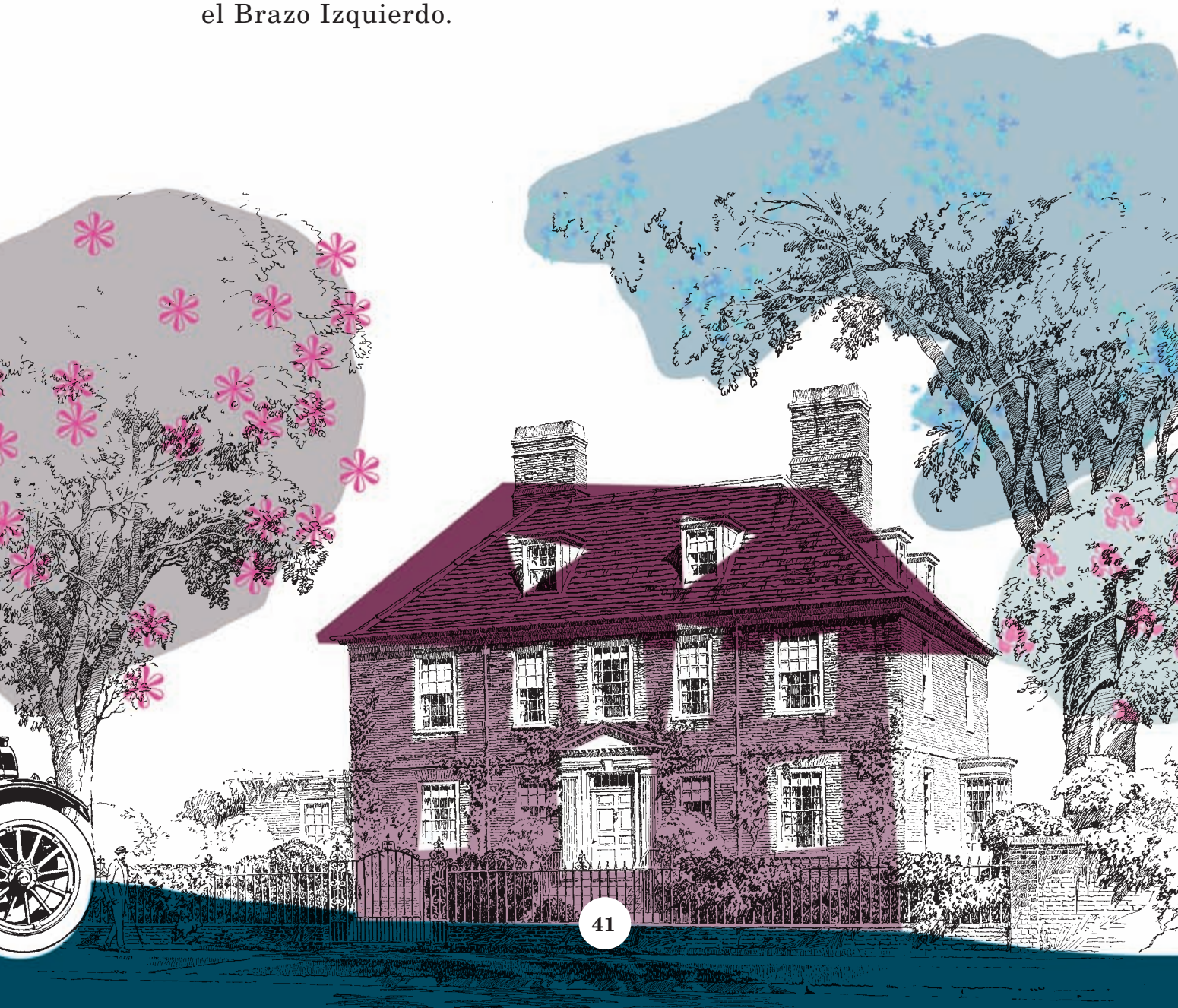
2

En la mañana de la boda, la cabeza de Margarita se despertó temprano y le dijo a las otras 4 partes de su cuerpo:

—¡Adelante!, ¡fuera de la cama!, ¡hoy vamos a casarnos con el señor Muy Gordo!

Pero la Pierna Derecha no quiso bajar de la cama. Estaba tiesa y se sentía como con cosquillas. Se había dormido. Las demás partes del cuerpo se la llevaron arrastrando a la regadera.

Saliendo de la regadera, el Brazo Derecho no quiso agarrar un cepillo para peinarse. Estaba también dormido y no se movía y se sentía con cosquillas. Así que Margarita se peinó con el Brazo Izquierdo.



Pero entonces su otra pierna, la Pierna Izquierda, se durmió también. Margarita se cayó al piso del baño.

Y ahí en el piso del baño la cabeza de Margarita dijo:

—A ver, Brazo Derecho, álzame. Por ningún motivo voy a dejar de casarme con ese avión. Ay, perdón, con ese señor Muy Gordo.

El Brazo Derecho con muuuuucho trabajo alzó el cuerpo de Margarita, que tenía 2 piernas y el Brazo Izquierdo dormidos.

Margarita llegó a la iglesia sentada en una silla de ruedas y en vestido de novia.

Y se casó con el señor Muy Gordo.

El cura dijo:

—Señor Muy Gordo, póngale su anillo a Margarita, para que vivan juntos toda la vida felices.

Pero cuando el señor Muy Gordo alargó el anillo para ponérselo, el Brazo Derecho no se alzó, se había dormido también.

La cabeza de Margarita dijo:

—Sí, acepto por marido al señor Muy Gordo. Por favor póngame el anillo acá.

Abrió la boca y sacó la lengua. Y ahí en la lengua el señor Muy Gordo le puso el anillo de matrimonio a Margarita. La lengua se metió con el anillo dentro de la boca y de pronto, sin querer, Margarita se tragó el anillo.

Éste es un cuento muy chistoso, pero algunas personas a las que se lo he contado opinan que es un cuento de terror, así que los lectores miedosos ya no sigan leyendo.

3

Esa noche, Margarita y el señor Muy Gordo durmieron en la misma cama junto a una ventana que daba al mar.

Estaban tan cansados de la boda que las dos cabezas nada más se dieron un beso y se quedaron dormidas, lado a lado.

Al día siguiente, el señor Muy Gordo despertó y no vio a Margarita. Ni en la cama... Ni en el baño... Ni en el clóset... Ni en la playa... Ni en el mar...

Pero como era un experto en esposas (como ya conté, llevaba ya 6 esposas, contando a Margarita), no se preocupó. Sabía que cada mujer es distinta y que era natural que Margarita hubiera hecho algo que ninguna de sus otras esposas había hecho.

Así que se sentó a comer ostiones bajo una palapa junto al mar. 36 ostiones se comió uno tras otro. Cada ostión con 3 gotitas de limón y 2 gotitas de salsa picante.

3 días después, el señor Muy Gordo seguía comiendo ostiones y no aparecía Margarita.

—Dios mío, ¿dónde podrá estar Margarita? —se preguntó ahora sí muy preocupado el señor Muy Gordo.

Lo que había pasado era esto.

La noche de la boda, la cabeza de Margarita dormía junto a la cabeza del señor Muy Gordo y entonces despertó el Brazo Izquierdo de Margarita, que palmeó a la Pierna Izquierda y a la Pierna Derecha de Margarita, para que despertaran.

El Brazo Derecho se despertó cuando ya Margarita se ponía en la oscuridad de la noche una playera, unos pantalones y unos huaraches.

Las 4 extremidades se vistieron con mucho silencio para no despertar a la cabeza de Margarita, que seguía dormida, con los ojos cerrados.

Antes de salir del cuarto, el Brazo Derecho tomó un paraguas. Luego el cuerpo de Margarita salió del cuarto. Repito: todo esto con la cabeza dormida.

Las 4 extremidades llegaron en la madrugada a la estación de trenes caminando como los ciegos: con el paraguas, el Brazo Derecho tanteaba el camino de adelante, para revisar que no hubiera una piedra u otra cosa con la que pudieran tropezar.

Compraron un boleto de tren. Se subieron al tren. Se sentaron en un asiento del tren. El tren arrancó.

Las 4 extremidades iban muy felices mientras la cabeza de Margarita con los ojos cerrados roncaba y soñaba que estaba en un avión dormida.

El tren cruzó por la mitad el país hasta llegar al otro lado, donde se encuentra otro mar.

Las 4 extremidades pidieron un cuarto en la recepción de un hotel.

Caminaron, tanteando con el paraguas el camino al cuarto de hotel. El camarero que las conducía preguntó: —¿La señorita es invidente?

El Brazo Derecho movió la mano para indicar que no y el Brazo Izquierdo le pidió al camarero silencio llevándose un dedo a los labios. No fuera a despertarse la cabeza de Margarita.

4

A la mañana siguiente, vestido en un lindo bikini azul, el cuerpo de Margarita fue a la playa, tanteando con el paraguas el camino.

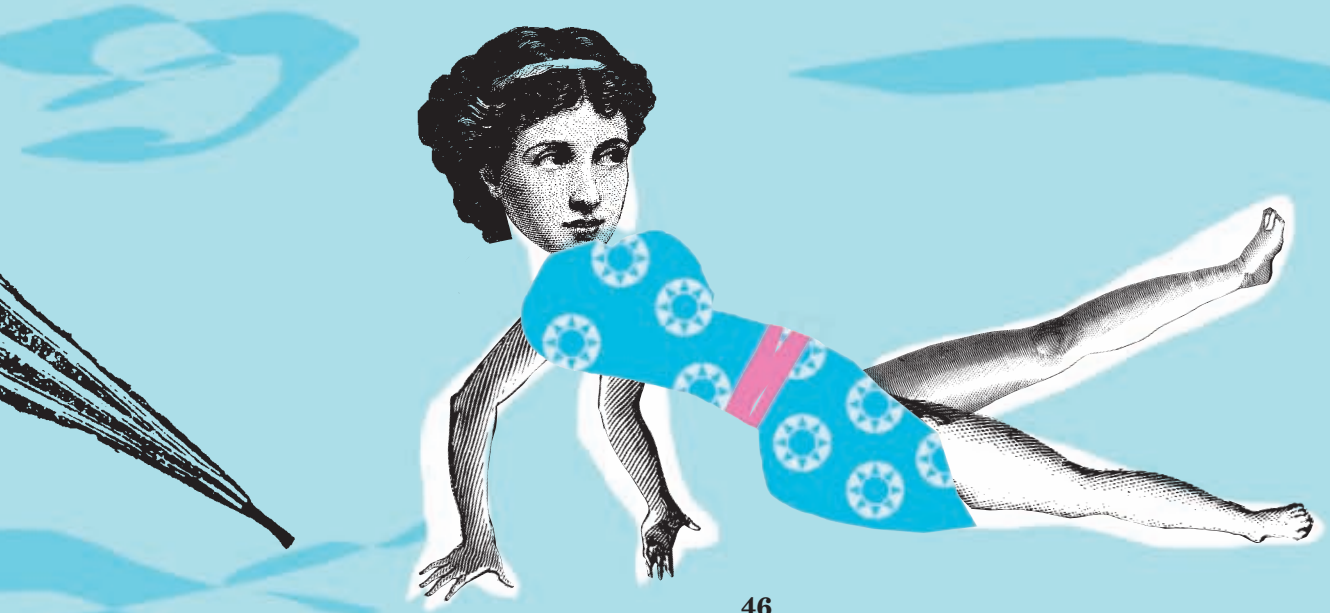
Se metió al mar, que estaba caliente y fresco. Nadó. Buceó. Sintió pasar a su lado 100 peces y una tortuga submarina. Lástima que la cabeza estuviera dormida y no viera los colores de toda esa belleza.

Luego el cuerpo de Margarita fue a la ostionería que estaba bajo una palapa y pidió 12 camarones gigantes. Tenía mucha hambre.

Así pasaron 10 días hasta que una mañana, mientras el cuerpo nadaba en el mar muy alegre, la cabeza de Margarita despertó. Abrió los ojos y vio el mar azul turquesa, el cielo azul, y no entendió nada. ¿Dónde estaba? ¿Y dónde estaba su marido, el señor Muy Gordo?

La verdad, no se preocupó mucho, por 2 razones: 1) porque el señor Muy Gordo no le caía muy bien, y 2) porque algo bueno habría pasado, ya que estaba tan feliz.

De cualquier forma, Margarita llamó por el teléfono del cuarto de hotel al señor Muy Gordo. Él le contestó por teléfono celular.



—Carambas, Margarita —dijo—, ¿dónde estás, que no te encuentro?

—En el mar, dijo ella.

Él le dijo muy amable:

—Ah, mira, qué coincidencia. Yo estoy en otro mar. Fíjate que me casé con otra señorita.

Margarita se quedó boquiabierta.

El señor Muy Gordo le explicó:

—Como no aparecías, nuestra boda se anuló y yo me sentía muy solo. Espero que tú no me extrañes.

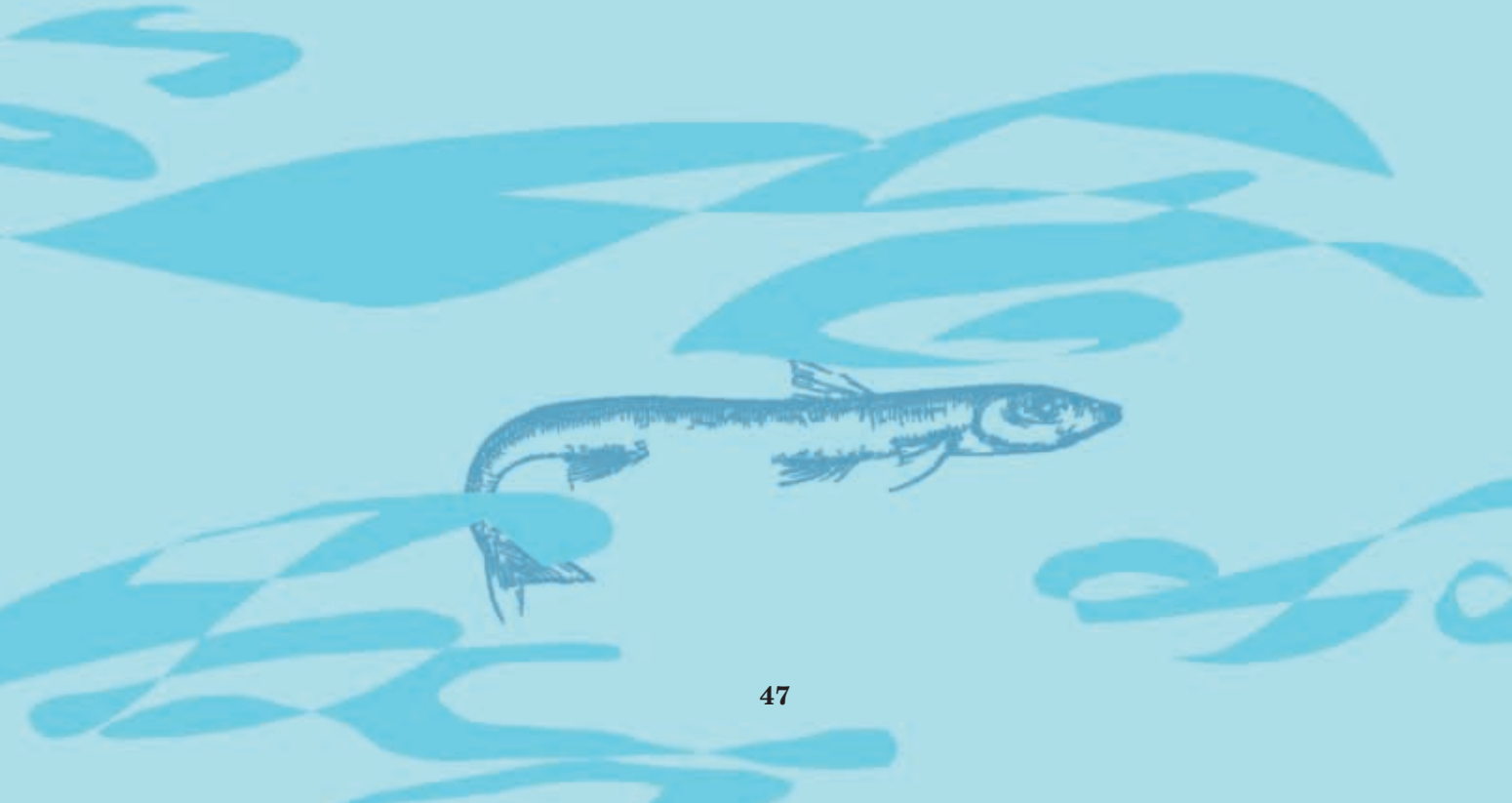
La verdad, Margarita no lo extrañaba, así que dijo:

—Pues la verdad, no, no te extraño. Felicidades por tu boda. Pero te quiero pedir un favor. ¿No me mandas 1 avión y las llaves de 1 casa y las llaves de 1 automóvil, por favor?

—No puedo —se disculpó el señor Muy Gordo—, eso es para mi esposa número 7.

—¿Y si me mandas por lo menos mi anillo, el que me regalaste en la boda?

—No sé dónde quedó —dijo el señor Muy Gordo—. ¿Tú no te acuerdas dónde habrá quedado?



Los dos lo pensaron largo. Hasta que el señor Muy Gordo lo recordó:

—Te lo puse en la boca, ¿te acuerdas? Y te lo tragaste en un descuido.

Entonces Margarita vio que traía el anillo en un dedo del Pie Derecho.

—¿Cómo habrá llegado ahí?—se preguntó en voz alta.

La verdad tampoco yo, que escribo este cuento, tengo la menor idea de cómo llegó el anillo desde el estómago de Margarita al dedo de su Pie Derecho. Pero no me preocupo, porque hay cosas inexplicables en la vida. Otra cosa que yo, que escribo este cuento, no entiendo, es por qué algunas personas me han dicho que éste es un cuento de terror. Yo creo que más bien es un cuento alegre. Lo que es seguro es que tiene un final feliz, que es el que sigue.

El Brazo Derecho le acarició la cara a Margarita. Su Pierna Izquierda se estiró muy cómoda. Su Brazo Derecho se rascó la rodilla derecha. La Pierna Derecha se estiró muy cómoda también. Y la cabeza bostezó, y luego pensó:

—No vuelvo a hacer nada contra los deseos de las otras 4 partes de mí misma.

Y así termina esta historia que nace de un misterio. El misterio de las 5 cosas que son al mismo tiempo 1 sola cosa.

2 piernas + 2 brazos + 1 cabeza muy bonita = las 5 partes del cuerpo de la señorita Margarita.

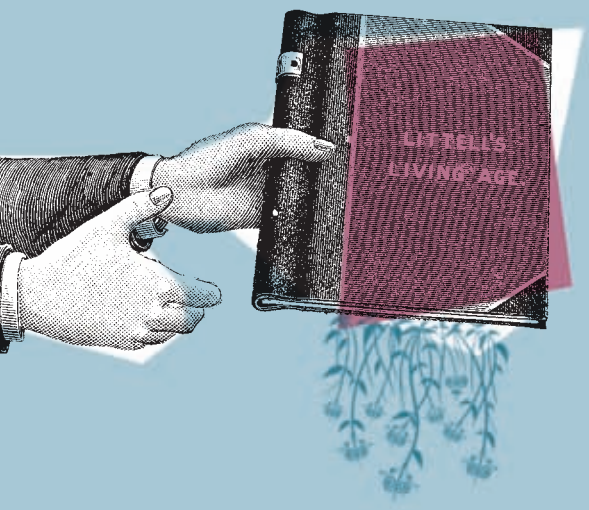
El mayor regalo

Laura Martínez Belli

Guillermo pensaba que leer era aburrido. No podía entender cómo podía uno dejar de jugar para agarrar un libro y sumergirse en un silencio absoluto en donde sólo había letras y letras. Algunos libros ni siquiera tenían dibujos. Él prefería jugar futbol o —si había suerte— jugar con la consola de su amigo Diego. Por más que don Eulalio, su profesor de español, intentara convencerlos de que leer abría ventanas a mundos infinitos, él sabía que aquello era pura charlatanería de profesor de letras. No podía haber nadie —pensaba— que prefiriese estar sentado con un libro. Guillermo sólo se sentaba para ver televisión, y eso cuando terminaba de jugar con los videojuegos.

Hasta el día en que no tuvo más remedio que leer un libro. Don Eulalio les mandó de tarea hacer un resumen de un cuento, el que fuera. No tenía que ser extenso, ni clásico. Y Guillermo, ingenioso como era, pensó bajarse la tarea de algún blog de Internet. Un simple "copiar y pegar" le bastaría para luego hacer otras cosas de su interés.

Navegó durante un buen rato entre un montón de páginas sobre libros, con tan mala suerte que ninguno venía resumido. Se enunciaban varios títulos, pero sólo con la foto de la portada, a modo informativo. Para descargar: nada. La tarde avanzaba de



prisa. Guillermo miraba su reloj insistentemente, nervioso porque no llegaría a tiempo con sus cuates para la cascarita de las cinco. Así que tras un par de horas de infructuosa búsqueda, decidió —muy a su pesar— que mejor buscaba en la biblioteca pública. ¿Cuánto podía tardar en resumir un cuento?

Una vez en la biblioteca, Guillermo notó que había muchos cuentos, muchísimos, ordenados por orden alfabético. Por instinto, se lanzó a los volúmenes más delgados. Buscaba con la vista cuál agarrar, cuando oyó carraspear: "Hmmmm, hmmmmm…".

En una pequeña mesa, alumbrado por una pequeña lámpara de brazo, se sentaba un señor de barba blanca, bigote de gaviota y gafas sin montura. Guillermo volvió la vista hacia los estantes y siguió buscando. Sin embargo, sentía los ojos del señor clavados en su nuca. Al poco rato, escuchó carraspear de nuevo, pero esta vez el sonido estaba justo junto a él. Guillermo pegó un brinco.

El señor de barba blanca y bigote de gaviota estaba de pie, a su lado.

—Perdona —le dijo—, no era mi intención asustarte.

Guillermo no contestó, aunque lo miró huraño.

Y entonces, como el mago que saca un conejo de la chistera, el señor mostró un libro con tapas verdes y páginas doradas.

—Éste es el que necesitas— le dijo. Y le tendió el libro para que lo agarrara.

Guillermo tomó el ejemplar, más por educación que por obligación. Y en seguida supo que el viejito se equivocaba. ¡Qué flojera de libro! Era enorme y pesaba una barbaridad. "No —dijo para sí Guillermo— éste no es para nada el libro que busco". Aun así, un tanto presionado por la insistencia del viejito, bajó la mirada un instante. Guillermo pensó que sería una antología de fábulas o algo por el estilo.

—Ábrelo— le ordenó.

Empezaba a sentirse incómodo con la situación, pero lo abrió a desgana.

Y entonces, algo rarísimo sucedió. ¡El libro se tragó a Guillermo!

No podía creerlo. Ahí estaba él, ¡entre un montón de letras e ilustraciones! Intentó gritar, pero nadie lo escuchaba. Intentó salir, pero el papel era elástico como un chicle en un zapato. ¡Estaba atrapado en un libro! ¡Qué clase de broma pesada era ésa!

Los demás personajes lo miraron con cierto interés.

—¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude! —gritó Guillermo. Pero los personajes se limitaron a brindarle una mirada de resignación.

Estaba muy nervioso. Corrió un par de veces alrededor de la página, pero al topar con los márgenes rebotaba como pelota en un juego de pinball.

Una niña sentada en una enorme “E” lo observaba a la distancia. Al verlo angustiado, saltó desde lo alto de la letra y caminó hacia él.

—No tengas miedo —le explicó—. Tan sólo hay que esperar a ser leídos por alguien.

Guillermo, entre asustado e incrédulo, se puso nervioso.

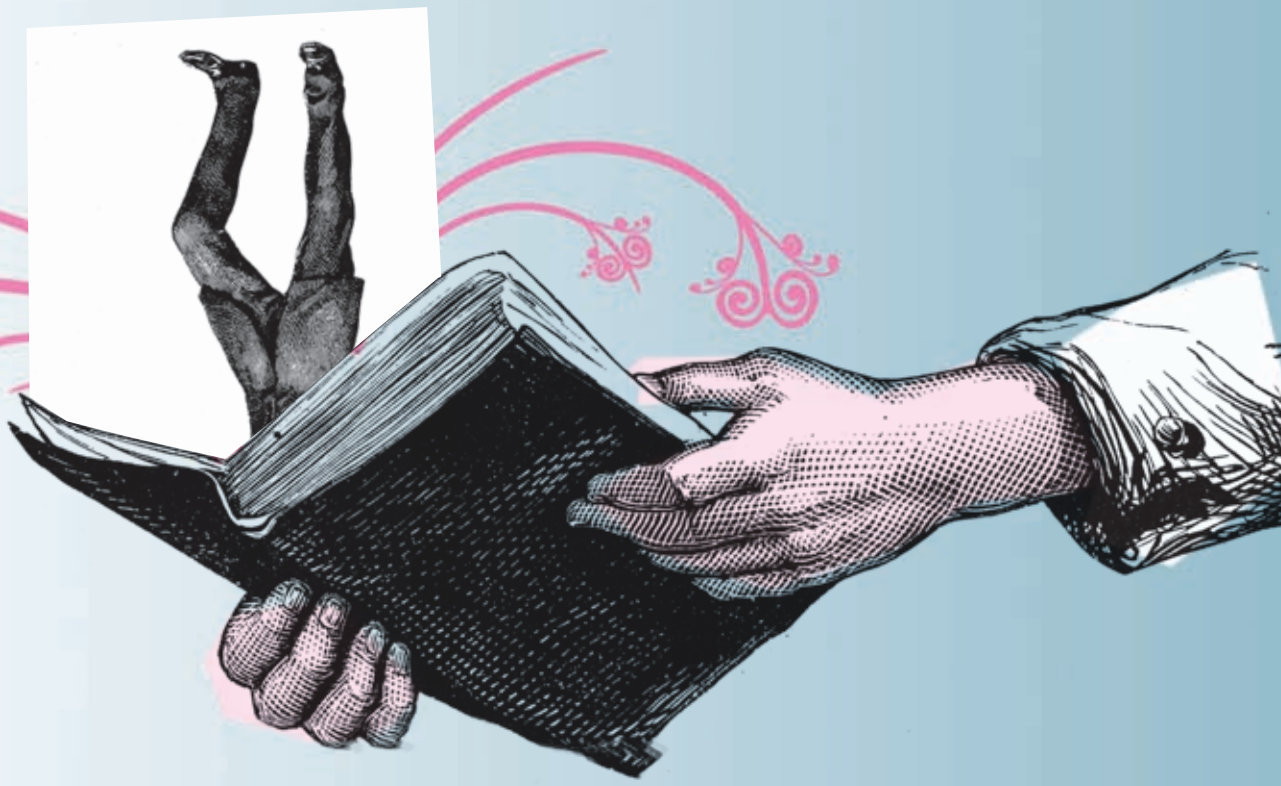
—¿Y si nadie nos lee? —preguntó tembloroso.

La niña rió un segundo, como si alguien acabara de contarle un chiste. Al ver que Guillermo permanecía serio, le dijo:

—¡Claro que nos van a leer! Unas veces tardan más tiempo que otras, pero al final siempre nos leen. Y entonces, todo es como debería ser.

—Si —dijo Guillermo un tanto escéptico—, pero ¿y si nadie quiere leer ya? ¿Y si nadie viene a la biblioteca? ¿Y si nadie se interesa por este libro?

La mirada de la niña se oscureció, como si se sumergiera en un mar profundo.



—Entonces —dijo ella— estaremos aquí varados, por toda la eternidad.

—¡Pero tiene que haber una forma de salir de aquí! —dijo él.

—No la hay —explicó ella—. Si nos leen, entonces viviremos por siempre en la mente de quien lea el libro. Viviremos, sentiremos, seremos libres. Seremos poderosos. Inmortales.

La niña miró al infinito un instante, como si recordara una sensación pasada.

—Ahora sólo nos queda esperar.

Sin otra alternativa, esperaron sentados junto a las ilustraciones. Dormidos la mayor parte del tiempo. Aburridos. Ocupando un espacio entre las letras.

Y con el tedio de los días sin novedades, pasó el tiempo. Mientras tanto, a Guillermo le salió bigote, le creció vello en las piernas, la voz se le tornó grave como la de su padre. Y él, allí atrapado. Resignado. Perdiéndose sus años de juventud porque nadie, ni un alma, acudía a leer.

Deseó con todo su corazón que alguien viniera a sacarlo de ese limbo inmenso en donde estaba atorado. Se sintió culpable. Culpable por todos los libros no leídos. Por las vidas no liberadas. En sus manos estaba la gracia de hacer vivir a otros como él, atrapados en las páginas. Deseó haber sido más generoso y haberse dado la oportunidad de pasar un tiempo junto a tantos, tantos personajes de historias. Si tan sólo hubiera valorado la importancia del poder de su imaginación. Si tan sólo hubiera sabido, como sabía ahora, que leer no era un acto mecánico, sino el don de dar vida, de crear, de vivir juntos ajenos con la intensidad con que se vive el propio. Si tan sólo lo hubiera comprendido a tiempo.

Y un día cualquiera, sintieron como si temblara la tierra. De pronto, un chorro de luz invadió las páginas. Guillermo escuchó una voz, como si leyeran los párrafos en voz alta. Pero no. Leían en silencio. Sin embargo, podía sentir la fuerza de la lectura. Un cosquilleo le recorrió la nuca, la espalda, la palma de las manos. Sintió como si le dieran de beber un montón de agua fresca tras la peor sed. Las palabras resonaban con tiento en el alma de cada uno de los personajes. A medida

[illegible] Wetter verzögert. Doch war [illegible] Da packt [illegible] plötzlich ein hef- [illegible] wirft ihn zur [illegible] Höhe entsteht ein [illegible] und sofort strömt [illegible] Ballon schwankt einen Augenblick, stürzt dann nieder und wirbelt mächtige Staubwolken auf. Die zahlreichen Zuschauer flüchten nach allen Seiten, Niemand aber war von der kolossalen Masse beschädigt.

Pfeilgift.

Fast [illegible] Jahrhundert Jahre, daß [illegible] Raleigh nach der Entdeckung [illegible] Guyana Pfeile mit nach Europa zurück brachte, deren Spitze mit einer Substanz vergiftet war, die er Curare nannte. Dieses Pfeilgift war damals bei den Eingeborenen Südamerika's ganz allgemein gebräuchlich, jetzt muß man sich tief in die Urwälder vorwagen, um den Resten der Urbevölkerung zu begegnen, welche noch die Bereitung des Curare und seine Verwendung kennen. Noch ein Jahrhundert weiter und wahrscheinlich wird die Kenntniß des Curare erloschen sein, theils dadurch, daß die Eingeborenen ausgestorben sind oder sich mit den Einwanderern gemischt haben, besonders aber weil die Pfeile verdrängt sein werden durch Feuerwaffen, die sich schon jetzt durch Tauschhandel mehr und mehr verbreiten.

Das Curare ist eine schwarze, feste, nicht flüchtige Masse mit glänzendem Bruch, welche von den Indianern in Calebassen oder kleinen Thongefässen mitgeführt wird. In Wasser und allen wässrigen Säften, also auch in Blut, ebenso in Weingeist und manchen anderen Flüssigkeiten ist es löslich, durch Aether und Terpentinöl aber wird aus dieser Lösung der eigentlich giftige Bestandtheil, das Curarin niedergeschlagen und kann dieses auf solche Weise für sich und frei von den Beimischungen und Verunreinigungen erhalten werden. Curarin trocknet zu einer hornigen Masse aus, ist aber sehr leicht in Wasser löslich und behält, man kann sagen, unbegrenzte Zeit seine Giftigkeit. Das Gleiche ist mit dem Curare selbst auch der Fall, und sind daher die damit vergifteten Pfeile in den Sammlungen der Liebhaber von derlei ethnographischen Gegenständen sehr gefährlich und mit äußerster Vorsicht zu behandeln.

Ein Indianerstamm geht nur dann an die Bereitung des Curare, wenn der Vorrath durch Jagd und Krieg erschöpft ist. Ein allgemeines Volksfest ist oft damit verbunden, bei dem die gegohrenen und berauschenden Getränke eine besonders wichtige Rolle spielen. Der ganze Stamm ist alsdann betrunken. Wieder in anderen Fällen ist die Bereitung des Curare Sache der Fetischpriester und geht dann mit den nöthigen Ceremonien unter entsprechenden geheimen Feierlichkeiten vor sich.

Doch alles dieses ist nur von ethnologischem Interesse; allgemeine Thatsache ist, daß das Curare ein reines Pflanzengift ist, welches von verschiedenen Schlinggewächsen der Gattung Strychnos geliefert wird. Sobald in einen Zweig ein Schnitt gemacht wird, fließt ein weißer Milchsaft von großer Giftigkeit reichlich

que la historia cobraba forma en la imaginación del lector y adquiría significado, el libro vibraba. Los personajes comenzaron a pintarse de colores, a sentir, y Guillermo vio cómo esos seres inanimados que lo habían acompañado comenzaban a experimentar sensaciones reales. Reían, lloraban. Se odiaban, amaban. Se liberaban de la esclavitud del silencio.

Guillermo cerró los ojos, y se dejó acariciar por esa voz desconocida retumbando en su interior con la fuerza de un instrumento de percusión. Se dejó envolver. Algo parecido al primer beso. Al primer amor. Aquello, sin duda, fue un soplo de vida.

¡Plaf!

Guillermo sintió que alguien le tronaba los dedos varias veces frente a los ojos.

—¡Eh, muchacho, muchacho! —oyó que le decían.

Abrió los ojos. El viejo de la barba estaba ahí, de pie junto a él, sosteniendo el libro verde entre sus manos.

Guillermo lo miraba con los ojos de par en par. Luego, se palpó el pecho, se miró las manos, se tocó la cara. Era niño de nuevo. En la biblioteca, el tiempo no había pasado.

—¿Estás bien? —le preguntó el viejo.

—Sí, sí… —contestó Guillermo, aturdido. Dudó. No sabía distinguir si había soñado despierto o dormido.

El viejo lo miró fijamente y Guillermo intuyó en sus ojos cierta envidia. Y tras mirarlo con esos ojos que decían “enhorabuena, muchacho, acabas de descubrir el mayor regalo de tu vida”, le dio una palmada en los hombros y empezó a alejarse.

Guillermo lo observó marcharse. Luego permaneció viendo al infinito durante no supo cuánto tiempo. Volvió sus ojos a la estantería. Recorrió con la vista todos aquellos libros y sintió que no le alcanzaría la vida para liberarlos a todos. Escogió uno al azar. Y despacio, sin prisa, pero sin pausa, comenzó a leer.

Lucía y Dientes de Perla

Pedro Ángel Palou García

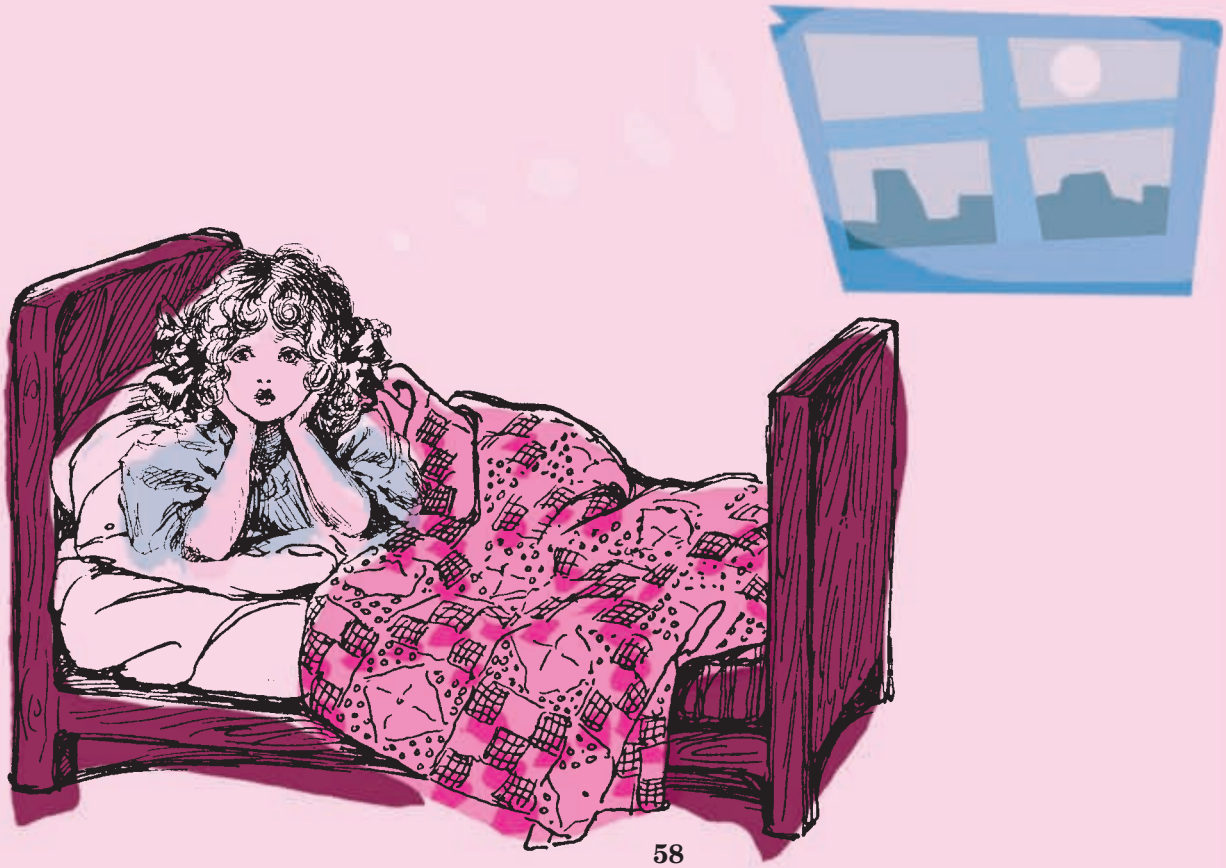
Todas las noches, Lucía se metía muy contenta en su cama, su mamá le daba un beso y cerraba la cortina. Ya con la luz apagada podía ver en su cuarto el reflejo de la luna, blanca y redonda que le hacía compañía.

Pero una noche, su mamá se olvidó de cerrar la cortina y Lucía se asustó mucho: la luna ya no estaba completa ni era redonda como un plato. Todos estaban dormidos. Fue al cuarto de su hermano Andrés y le dijo que la luna estaba rota.

—No, Lucía, no está rota —le dijo el hermano señalándola—, es que se la están comiendo.

—¿Quién puede comerse a la luna?

—El monstruo Dientes de Perla —le dijo su hermano que era muy sabio—, y lo mismo hace con tus dientes si no te los lavas, hasta que se te caen a pedazos, como la luna.



Lucía se regresó a dormir muy triste, pensando qué iba a pasar si a Dientes de Perla le daba más hambre y las noches se quedaran sin luna.

Y así ocurrió. La noche siguiente, la luna estaba más chiquita, el malvado monstruo le había dado una mordidota.

Y la noche siguiente, peor: más pequeña aún, como el pedazo de su uña cuando su mamá se las corta. Una luna que más bien parece un arco. Lucía estaba francamente asustada y se empezó a lavar los dientes todos los días, tres veces.

Volvió a despertar a Andrés:

—Te das cuenta que ya casi no hay luna. Ese Dientes de Perla está muy hambriento.

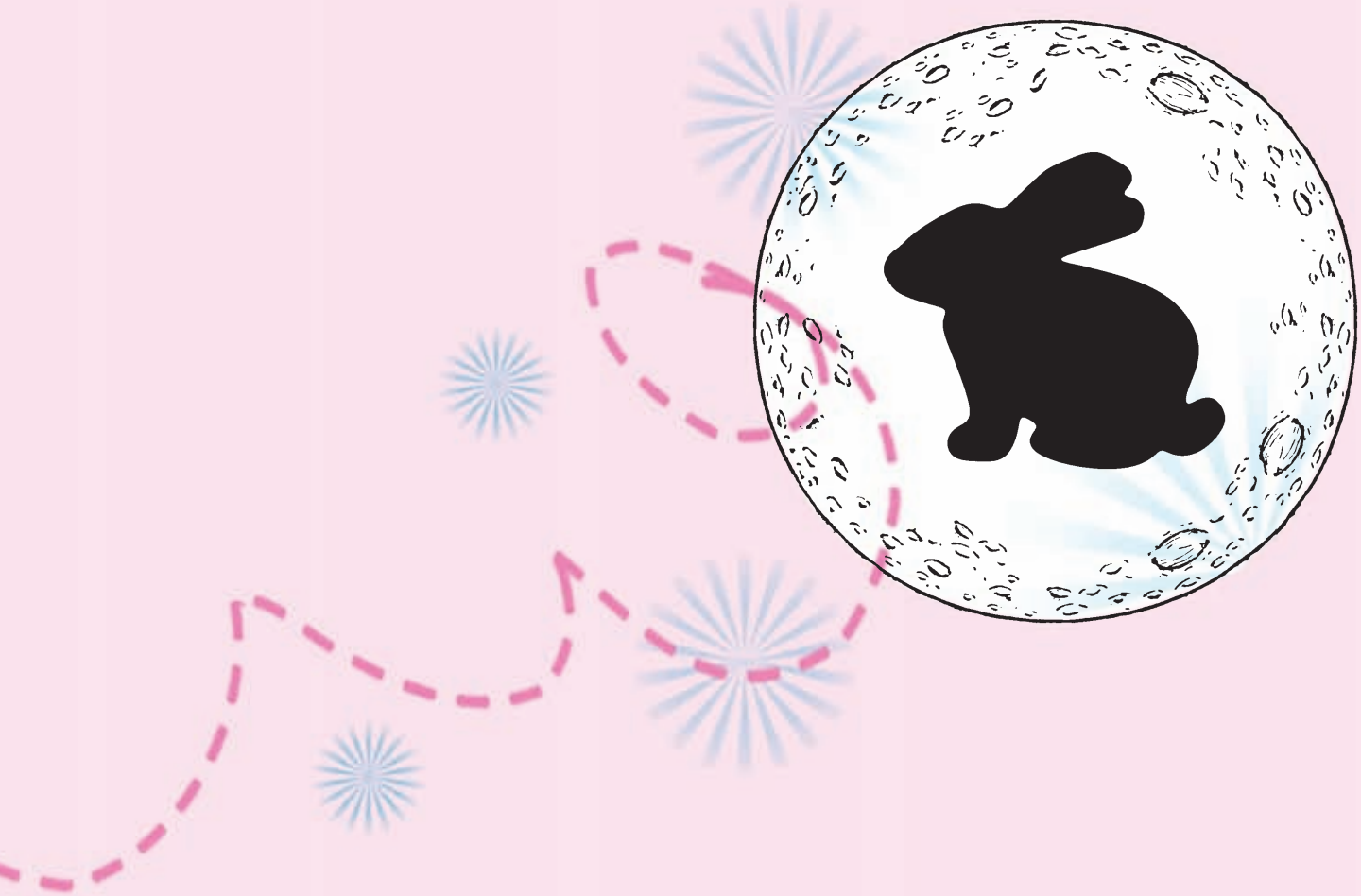
—Es la única manera de que sus dientes brillen, comer un poco de luna todas las noches, sobre todo si las niñas se lavan los dientes y no tiene cómo alimentarse. Ahora vete a dormir. Mañana saldrá el sol y te habrás olvidado de la luna.

Pero no fue así. La siguiente noche hubo muchas nubes y niebla, y apenas se podían ver las estrellas. Pero eso no era lo peor. Lucía se puso a llorar de tristeza: la luna había desaparecido por completo. El cielo era oscuro y le dio tanto miedo

que no quiso levantarse para ir al cuarto de Andrés. Esa noche se imaginó a Dientes de Perla comiéndose todas las cosas blancas: el inodoro, los platos, el coche de su papá.

Y efectivamente: se levantó tarde, su mamá le dio de desayunar y se le olvidó el tema de la luna hasta que se hizo de noche. Cuando su mamá le daba un beso y se disponía a cerrar la cortina, Lucía le dijo:

—Te has dado cuenta, mamá, que ya no hay luna. Se la comió Dientes de Perla. Poco a poco, como a una blanca galleta, hasta que no quedó nada de luna ni nada de luz en las noches.



Su mamá, que era más sabia aun que su hermano Andrés, le explicó que no existía ningún monstruo Dientes de Perla, que la luna se hacía chiquita y luego grandota, o menguante y creciente, y que cada veintiocho días se volvía redonda y blanca como un plato y a eso se le llamaba luna llena.

Poco a poco, las siguientes noches Lucía fue viendo cómo la luna reaparecía en el cielo de sus noches. Y su mamá tuvo razón: pocos días después se hizo llena, blanca, grande y hermosa, y Lucía fue muy feliz.

Entonces su hermano Andrés le contó otro cuento:

—¿Sabes que en la luna vive un conejo?

—¿Cómo crees?

Entonces Andrés, que seguía siendo sabio a pesar de haberse equivocado con Dientes de Perla abrió su cortina y le enseñó al conejo dibujado en la luna. Y tiene los dientes muy grandes y muy limpios, como los tuyos.

—¡Guau!, es cierto —le dijo Lucía y se quedó viendo sus orejotas dibujadas en el plato. Pero esa es otra historia que algún día te contaré.

Breve escena fraternal

Carmina Narro

—Un día, mi mamá dijo que antes de que nosotros naciéramos ella tenía pesadillas despierta.

—Sí.

—La estábamos espiando.

—No la estábamos espiando, ella lo dijo y no sabía que estábamos ahí.

—Lo bueno es que contigo y conmigo se le quitaron. Eso dijo.

—¡Y ahora sus pesadillas somos nosotros!

—Ya no te rías.

—Tú también te estás riendo. Hasta mi mamá se rió. Ya déjame mis chinos.

—Entonces hazte para allá. No respetas mi espacio. Dile, má.

—Un día le preguntamos por mi papá y se puso triste.

—No se puso triste.

—Sí se puso triste.

—¿Ya ves?

—Yo vi que un poquito. Siempre me quiere llevar la contra y tú le das la razón, má.

—Nos dijo que no todas las familias tenían que ser iguales.

—Porque nuestra familia es mi abuela, mi tía y mi mamá.

—Mis tíos y primos. Mi otra tía...

—Que todos somos diferentes y por eso nuestras familias también.

—Eso no lo dijo.

—Pero así es, ¿verdad, má? Así como nosotros, yo tengo los ojos cafés y tú azules, y yo no tengo chinos güeros.

—Y como somos tan distintos por eso a los dos nos quiere igual.

—Porque lo que tiene uno, no lo tiene el otro y así.

—Ajá. Ahora tú hazte para allá.

—¿Esto es un interrogatorio?
—No, ella es trabajadora social, no policía.
—Ya me aburrí.
—No queremos otra familia.
—Queremos a la nuestra como está.
—¿Ya nos podemos ir?
—Sí, ya queremos irnos a jugar.

Un lío morrocotudo

Ignacio Padilla

El pueblo de Juan tiene un problema, un problema morrocotudo. Piensan que han vencido al gigante. A nadie se le ha ocurrido que el cuerpo muerto del gigante es aún más peligroso que el gigante cuando estaba vivo.

La gente en el pueblo está demasiado ocupada para darse cuenta de que el cuerpo del gigante es un estorbo. Han organizado una gran fiesta para celebrar que el pequeño Juan mató a aquel monstruo enorme. Apenas recuerdan hoy los días terribles en que el gigante los amenazaba. Ya nadie quiere pensar en el miedo que les daba mirar el castillo del gigante entre las nubes. El monstruo no volverá a asustarlos, su sombra no desatará huracanes. Ya no habrá que entregarle vacas para saciar su apetito. No tendrán que esconder a los niños ni escapar a la montaña cada vez que al gigante le dé por bajar al pueblo en busca de comida.

La música de la fiesta no permite a nadie percibir el sonido de las ratas que se acercan al cuerpo del gigante. Sólo Juan, el pequeño héroe, comienza a percibir el peligro. Se asoma inquieto a las ventanas del salón y mira el cuerpo enorme de su víctima. ¿Quién moverá de ahí al gigante? ¿Qué pasará cuando el corpazo del gigante empiece a oler mal? ¿Cómo podrán huir de su sombra y se su carra horrible y gigantesca?

Junto a Juan todos bailan. Sonríen las muchachas, que se acercan para ver la medalla que le ha colgado del alcalde al cuello. Lo soldados lo abrazan, los viejos le dan las gracias. Pero Juan apenas sonríe. Sabe que el cuerpo del gigante es un enorme problema. Vuelve a mirar por la ventana y casi puede ver el cuerpo gigantesco en mitad de la plaza.

Mañana todos despertarán cansados de la fiesta. Mañana notarán la peste en el aire y entenderán que el cuerpo del gigante ha empezado a oler mal y que es su nuevo enemigo.

¿Qué harán con él? Buscarán a Juan, pero Juan ya habrá corrido a las montañas. ¿Qué harán con el cuerpo del gigante? ¿Cómo evitarán que contamine el pueblo? El alcalde pensará en dinamitar el cuerpo. Lo rellenarán con dinamita y lo harán estallar. No sabe que sobre el pueblo entonces lloverán pedazos podridos de gigante. Juan, en la montaña, no podrá evitar que lo aplaste el pulgar enorme de su antiguo enemigo.

Camila y Mila

Guadalupe Loaeza

Me llamo Camila, tengo ocho años y estoy algo gordita. Mi mamá es muy flaca, por eso me cae híper gorda porque siempre está diciendo a sus amigas que si estoy tan "llenita" es porque salí a la familia de mi papá. Lo que pasa es que dos de mis tías y mi abuelita, la verdad es que ellas sí están obesas. Mi tía Susana, la más panzona de las dos, un día rompió una silla de la sala y me echó la culpa que porque yo la había aflojado antes. Ella también me cae gordísima.

Lo que más me gusta en la vida es ver tele, sentada en la cama, junto con mi amiga que se llama Mila. Nos gusta verla rodeadas de todas mis bolsitas de dulces, galletas, chocolates y papas. Todo esto lo compro en la tienda de la esquina, porque en la escuela ya no venden las cosas que me gustan, que según porque hay un montón de adultos y niños gordos en México. ¿Y qué tiene de malo estar un poco gordita? Ni que fuera pecado. Nadie le reza a Dios para ser flaca. Él quiere a todos por igual, a las gordas, a las esqueléticas, a las chaparras, a las altotas y a las flaquitas, como Mila. Mi amiga y yo tenemos un secreto: para que ella no engorde, como por ella. Por eso siempre me sirvo el doble de todo. Pero a veces Mila tiene tanta hambre que tengo que comer por tres. El otro día me dijo: "Oye, Camila, ya no cabemos en la cama". Y eso que estaba hasta la mera orillita, por poco y me caigo. "Ay, Mila, yo creo que necesitamos una camota como la de mis papis", le dije. Empezó a reírse a carcajadas. Creo que se oían hasta el cuarto de las muchachas. "Shhhh, Mila, ya cállate, porque vas a despertar a los perros, al velador y hasta los vecinos", le dije. Pero ella seguía con sus carcajadotas. Después me dijo con su voz como la de una chica de telenovela: "Tengo hambre, me muero de hambre. No seas malita, ¿me traes algo de comer?"

Como no me dejaba dormir, me paré y me fui a oscuras hasta la cocina. No veía nada de nada. Y como si fuera una cieguita, abrí la despensa, busqué la caja del cereal azucarado, un paquete de galletas de chocolate, una bolsa de papas fritas y otra de cacahuates japoneses, que siempre tiene mi mamá para las visitas. Cuando llegué a mi cuarto, Mila ya me estaba esperando sentada en la cama. Tenía cara de hambrienta. Me senté a su lado, y empecé a comer y a comer por ella. Comí tanto que hasta me dolió el estómago y ya no me podía dormir, porque me apretaba el resorte del pantalón de mi piyama. Además, mi colcha estaba toda llena de migajas. "Mila, Mila, ayúdame a limpiar la cama", le pedí, pero mi amiga ya estaba dormidota. Esa noche tuve una pesadilla. Soñé que todas las sillas de la sala de mi casa estaban rotas y que mi mamá me gritaba: "Tú las rompiste por gorda, por godinflona y por timbona, no hay silla que te aguante. Eres igualita a tu tía Susana. Nadie te quiere por gorda". Cuando me desperté, le pregunté a Mila si ella me quería y me dijo que sí. "¿Verdad que mi mamá es una bruja?", le pregunté. Me dijo que sí.

Mi papá siempre me lleva a la escuela. Aunque mi lonchera está llena, guácala, con puras jícamas, pepinos y zanahorias que nunca me como, siempre me da dinero para que compre lo que quiera en el recreo. Yo quiero mucho a mi papi. También a él le gustan mucho los postres, por eso tiene un poquitito de panza, que se le nota mucho. A veces me invita a comer hamburguesas y me deja pedir todo, todo lo que yo quiera. Él también pide una doble, dos conos de papas, dos cocas (los dos odiamos el agua, guácala) y helado cubierto de chocolate. "Nomás no le digas a tu mamá", siempre me dice con sus cachetes llenos de papas fritas. Él es el único que sabe de mi amiga invisible. Hasta me pregunta: "¿Cómo está Mila?" A él es al único que le cuento cómo me molestan en la clase. "Ay, papi, hay

muchos niños que siempre me andan pegando. Se burlan de mí y me llaman la Gordis, la Tetona, la Inmensa Bola de Manteca, IBM". En la escuela hay otros niños gorditos, pero con ellos nunca se meten. Nada más me insultan a mí. Dice mi papá que no les haga caso. Pero entre menos les hago caso, más me empujan, más esconden mi mochila, más me patean y más se ríen de mí. El otro día los acusé con la *miss* y en vez de regañarlos a ellos, me regañó a mí. "Si fueras flaquita, nadie se metería contigo. Deberías de ir con el psicólogo de la escuela. Voy a ha-

blar con tu mami", me dice todo el tiempo. Creo que mi mamá también le cae muy gorda, porque nunca la llama. Le pregunté a la *miss* qué era eso de psicólogo y me contestó que era un doctor que curaba los traumas que tenían algunos niños. Dice Mila que la que debería de ir con ese doctor es mi mamá.

Si yo fuera con ese doctor, le contaría lo que me pasó el domingo. Estábamos Mila y yo solas en la casa viendo la tele, mi serie favorita que me pone a cantar y a bailar. Mis papis habían ido a dejar a mi abue (la gorda) a su casa. Esa tarde, Mila tenía mucha hambre, así es que me acabé, yo solita, una bolsa grandota de chocolates. Comí tantos chocolates que me empecé a inflar y a inflar. Parecía un globo gigante de gas. Entonces, poco a poco, me fui elevando hasta topar con el techo. Híjole, de repente que vi que la ventana de mi cuarto estaba bien abiertota y, como había un poco de viento, yo globo, comencé a dar de brinquitos, hasta salir y elevarme al cielo. "Mila, ¿dónde estás, Mila?", le gritaba como loquita, pero mi amiga invisible no me escuchaba porque estaba muy fuerte la tele y ella estaba muy interesada en quién llegaría a la final del concurso. Y volando, y volando, y volando, me atoré en las ramas de un árbol de la tercera sección de Chapultepec. Desde ahí, veía todo el tráfico, las colas gigantescas de coches. "A lo mejor veo el de mi papi", pensé. Pero jamás vi uno color gris plateado. Lo que sí vi fue cómo se metió el sol, cómo se prendían las luces de la ciudad y cómo salió la luna. Comencé a tener hambre. "¿Por qué no te comes una manzana del árbol, que no ves que es un manzano?", escuché que me decía la voz de mi amiga invisible. "Mila, hasta que apareces. ¿Por qué no me salvaste cuando te llamaba a gritos?", le pregunté con un nudo en la garganta. "Estaba viendo la tele, ¿sabes quién ganó en el concurso de la tele?" A mí no me importaba quién había ganado el concurso, lo quería era que me bajara del árbol e irme a mi casa. "Primero, escúchame y luego te ayudo a bajar. Esas manzanas que están en las ramas, no

son de decoración, son manzanas de verdad, son muy ricas. Te puedes comer las que quieras. No engordan", me dijo Mila. Como ya tenía mucha hambre, arranqué una y me la comí. Yo creo que no comía una manzana desde que me daban papilla. Me gustó. Comí otra y luego, otra, hasta que se me quitó el hambre. "Te ayudo a bajarte del árbol si me prometes que, a partir de ahora, en lugar de dulces y chocolates, comerás frutas y verduras. Debes prometerme también que te olvidarás de los refrescos y que beberás agua. Y por último, prométeme que harás ejercicio y te meterás a clases de natación." Era muy raro que Mila me estuviera diciendo exactamente lo mismo que me decía mi mamá. A lo mejor tuvo miedo de que la acusara con el doctor que cura traumas, porque es ella la que me hace comer. Yo ya quería bajarme del árbol, por eso le dije que sí a todo. De repente, poco a poquito, el viento me llevó hasta mi casa, me metió por la ventana de mi cuarto y me instaló sobre mi cama. Por primera vez, después de haber cenado nada más tres manzanas, me sentí mucho más ligerita. Creo que empezaba a perder peso. "Camila, apaga la televisión y ya duérmete", me dijo desde su cuarto mi mamá. Obedecí. Me puse mi piyama y me acurruqué al lado de mi amiga. "Mila, ¿verdad que tú y yo estamos a dieta?", le pregunté. No me contestó.

Al otro día me desperté muy tempranito y, de repente, me di cuenta de que Mila ya no estaba allí y que en su lugar había dos manzanas rojas, una botellita de agua y una tarjetita que decía: "Buena suerte con tu dieta."

"Buena suerte con tu dieta."

Flota, Demetria, flota

Laura Martínez Belli

Arturo tenía un poder, aunque pocos lo sabían. Sin ningún motivo aparente, Arturo nació con ese don. Al principio, sus papás se empeñaron en que no hiciera flotar las tazas, ni platos en la cocina, que dejara quietos los floreros sobre la mesa y las tortillas sobre el comal, pero al final tuvieron que aceptar que Arturo jamás podría dejar de ser como era. Temerosos de que alguien descubriera la capacidad de Arturo para hacer volar objetos (pues no querían que vinieran a hacerle pruebas, en nombre de la ciencia), mantuvieron su poder en secreto.

Levitar era un poder inusual, aunque muy divertido. A pesar de todo, advertido hasta la saciedad por sus padres, Arturo había aprendido a controlarse, aunque a veces tenía que aguantarse las ganas de hacer volar la silla de su profesora Demetria con todo y ella encima. Más de una vez, cuando la profesora se pasaba de lista y les ponía a hacer planas sin ton ni son, mirando a sus estudiantes como si en vez de niños estuviera frente a una panda de escurridizas lagartijas, Arturo había tenido que reprimir las ganas de sacarla del salón por la ventana.

En la casa de Arturo todo debía estar atornillado. Las sillas del comedor, los cuadernos para la tarea, los tapetes sobre la mesa, la alfombra, el calendario, los recetarios de cocina. Todo debía estar fijo con su respectivo anclaje, porque Arturo cada vez que reía hacía levitar todo cuanto se encontrara cincuenta metros a la redonda.

Pero ese día algo cambió. Sucedió sin premeditación alguna, ni plan, ni maña. Arturo desayunó chilaquiles con pollo y jugo de naranja. Después, bien peinado y con los dientes limpios, se fue a la escuela. En el camino, Arturo recordó que no había terminado la tarea que su temible profesora les había encomendado el día anterior. Se pasó todo el camino pensando en una excusa. Pero después de mucho pensar, decidió que le diría la verdad: no la terminó por estar jugando dominó.

Y con la conciencia nerviosa pero limpia, se dirigió a su salón de clases.

La profesora Demetria era más vieja que joven. Llevaba el pelo recogido en un chongo que parecía estar formado de ramas para un nido, probablemente debido a los múltiples tintes y químicos que usaba. Ninguno de ellos lograba, no obstante, engañar al ojo de los niños, que seguían viéndola como un perverso personaje de cuento. Para no perder sus anteojos, los enganchaba a una ristra de perlas de plástico que llevaba siempre alrededor del cuello. Y siempre, siempre, sonreía con una sonrisa que a Arturo se le antojaba tan falsa como el color de su pelo. Ningún alumno la apreciaba demasiado. Ni mucho, ni poco. Pero lo peor no era su aspecto, sino el tono de su voz. Arturo sentía que les hablaba como si fueran tontos.

Les repetía las cosas tantas veces, que Arturo creía que los confundía con loros de piratas.

Cuando llegó la hora de revisar la tarea, Demetria se paseó de pupitre en pupitre. En la mano, llevaba un plumón rojo muy gordo, con el cual, en medio de la plana, hacía un símbolo gigante que mutilaba el trabajo de cada uno de los niños.

Una “R” encerrada en un círculo, a modo de “revisado”, que a Arturo —inevitablemente— le hacía pensar en Robin, el chico maravilla acompañante eterno de Batman.

Pero entonces, le tocó el turno a Arturo.

—¿Y tu tarea? —dijo la profesora Demetria.

Arturo notó que la boca de la maestra se ladeaba ligeramente.

Como cuando se intenta despegar con la lengua un pedacito de cilantro que un taco de barbacoa deja entre los dientes.

—No... no la terminé, maestra.

Demetria destapó el plumón, que hizo vacío al desprenderse de la tapa. *¡Pob!*

Y como regocijándose, hizo deslizar la tinta roja lentamente. El cuaderno marcó una X tan grande como las dibujadas en los puntos de encuentro.

—Y ahora, por flojo, vas a quedarte sin recreo.

Arturo nunca había chistado en su vida. Pero en ese momento, sintió algo naciendo en su interior:

—No soy flojo.

La profesora Demetria se puso del color de la calabaza.

—¡No! ¡Eres reflojo! ¡Y contestón, además!

En el salón de clases el aire era tan denso como ate de guayaba.

Y de pronto, Demetria, sintiendo amenazada su autoridad, empezó a soltar todo tipo de comentarios negativos sobre cómo se iba a convertir en un inútil y un holgazán y un bueno para nada si no se acostumbraba desde ahorita a cumplir con sus obligaciones.

Bla, bla, bla, bla... Era todo lo que Arturo oía.

Arturo tomaba aire. Veía cómo la profesora movía los labios, pero sólo imaginaba mandándola a volar. Sintió el corazón latiendo rápido por el coraje, y temió no poder controlar el impulso, ahora sí, de hacerla salir volando por la ventana. Arturo apretó los puños.

Y casi sin darse cuenta de lo que hacía, de pronto todo el salón empezó a girar en círculos concéntricos. Al principio, los alumnos gritaban divertidos, como si estuvieran en una atracción del parque. Las mochilas, los cuadernos, los pupitres, todo comenzó a girar en un remolino alrededor de Arturo, que por primera vez se daba cuenta de la fuerza de su temperamento. Demetria, muy asustada, empezó a exigir que la bajaran. Pero Arturo estaba dando rienda suelta a un poder que, a pesar de

haber sido usado a discreción, jamás había explotado en plenitud. Todos giraron tan rápido, tan rápido, que pronto el tornado que se formó empezó a elevar la escuela. Volaron por los aires, controlados por el poder de Arturo, concentrado en no estrellarlos contra un árbol, ni contra los techos de las casas.

Gritaron tanto que la gente salía de sus casas para ver qué pasaba. Asustados, corrían a llamar al 090 de emergencias.

Por fin, cuando Arturo se cansó de levitarlos, depositó la escuela en lo alto de una colina. Demetria ya no tenía voz para gritar. Había perdido los lentes, a pesar del collar de perlas de plástico con el cual los sujetaba, y estaba despeinada como gallo de pelea.

La profesora Demetria miró a Arturo. Arturo miró a la profesora. Ninguno sabía qué decir. Todo estaba patas para arriba. Y Arturo vio en los ojos de sus compañeros t

Arturo sintió por vez primera que su profesora no era —quizás— tan mala después de todo. Se miraron un breve instante que duró mucho tiempo.

Y se dieron la mano.

Arturo nunca más olvidó a hacer la tarea y sólo utilizó su poder para acercar la toalla cuando salía de bañarse.

Y la profesora Demetria jamás volvió a ofender a nadie. Ni pequeño, ni grande.

Para comentar la lectura

De la experiencia de la lectura brotan nuevas inquietudes, ideas e interés por temas distintos. Su propósito es abrir una puerta al conocimiento, pero también ser un espacio de entretenimiento, placer y convivencia.

Así, una vez que compartieron las lecturas, reconocieron personajes, historias y objetos, y quizá se detuvieron especialmente en un detalle que captó su atención, a continuación les sugerimos algunas preguntas que serán útiles para continuar los comentarios sobre las lecturas. Estas preguntas y muchas otras, tantas como su imaginación proponga, les permitirán dialogar, enriquecer su lectura, atender a otros temas que tal vez en un principio pasaron desapercibidos, y reafirmar aquellos que les eran familiares.

Para temernos mejor (p. 10) Rosa Beltrán	¿Por qué Caperucita se sentía superior a los demás? ¿Qué diferencias encuentras entre el cuento original de Caperucita Roja y éste? ¿Por qué Caperucita cambió después de la muerte del lobo?
El misterio de las 5 cosas que eran también 1 sola (p. 14) Sabina Berman	¿Por qué se dice que es la historia de 5 cosas que eran 1? ¿Por qué estaba enojado el Dedo Gordo? ¿Cuál es el misterio que cuenta la historia?
Las alas de Ana (p. 20) Laura Martínez Belli	El protagonista de la historia, ¿cómo descubrió que Ana tenía alas? ¿Qué harías si tuvieras una compañera como Ana?
Toma y daca (p. 26) Jorge Volpi	¿Qué diferencia hay entre un robot y un androide? ¿Por qué Pancho se burla de Tru-co? ¿Crees que son correctas las reglas del toma y daca? ¿Por qué?
El hámster del presidente (p. 35) Juan Villoro	¿Cuál es la función que debe cubrir el hámster de un presidente? ¿Quién descubrió el hámster del presidente? ¿Cómo lograron conocer la personalidad de un candidato a partir de conocer a su mascota?
Otra historia de 5 cosas que eran 1 sola cosa (p. 40) Sabina Berman	¿Cuáles son las 5 cosas que son al mismo tiempo 1 sola cosa? De las 5 cosas que son al mismo tiempo una, ¿cuál es la más importante? ¿Por qué cuando Margarita despertó traía el anillo en un dedo del pie derecho?
El mayor regalo (p. 50) Laura Martínez Belli	¿Qué provocó que Guillermo aceptara leer? ¿Cuál fue el descubrimiento de Guillermo en los libros? ¿Cuáles han sido tus descubrimientos en los libros?
Lucía y Dientes de Perla (p. 58) Pedro Ángel Palou García	¿Cuántos años consideras que tiene Lucía? Cuando la luna está completa se dice que hay luna llena. ¿Cómo se dice cuando no se ve? ¿Conoces otra leyenda que hable sobre la luna? ¿Cuál?
Breve escena fraternal (p. 62) Carmina Narro	¿Por qué discuten los hermanos en la historia? ¿Por qué las familias son diferentes? ¿Cuáles tipos de familias conoces?
Un lío morrocotudo (p. 64) Ignacio Padilla	¿Qué significa morrocotudo? ¿Cómo te imaginas al gigante? Haz un dibujo de él. ¿Qué propones para solucionar el lío morrocotudo?

Camila y Mila (p. 67) Guadalupe Loaeza	¿Qué problema de salud tiene la protagonista? ¿Quién es Mila?
Flota, Demetria, flota (p. 74) Laura Martínez Belli	¿Cuál era el poder que poseía Arturo? ¿Por qué los papás de Arturo temían que alguien descubriera su don. ¿Por qué en la casa de Arturo todos los muebles estaban atornillados?

Acerca de los autores

Cada uno de los autores de tu *Libro de lecturas* ha puesto su imaginación y talento para que logres entrar en esos anhelados mundos de aventura, diversión y fantasía. Gracias a los textos que escribieron pensando en ti, podrás conservar, ampliar o alimentar tu gusto por la lectura. ¡Te invitamos a conocerlos!

Carmina Narro. Dramaturga, directora de escena, cuentista, guionista. Nació en Sinaloa, México. Egresada del Núcleo de Estudios Teatrales (NET) con Héctor Mendoza. Estudió dramaturgia en el taller de Hugo Argüelles y análisis teatral con Vicente Leñero; dirección de escena con Juan José Gurrola, de quien fue asistente de dirección. A los 22 años dirigió y escribió su primera obra: *Recuerdos de Bruces*, con el que ganó el premio Salvador Novo de la UCCT, en 1992. Obtuvo el premio Bravo a la mejor comedia del año, en 1996, por su obra *Credencial de escritor.* En 2005 estrenó en Nueva York el libreto de su ópera *Loveless (La ópera del desamor)* con música de Jorge Sosa, y su obra *Round de sombras* con actores del Actors Studio y músicos del Mannes College of Music de la New School University.

Guadalupe Loaeza. Periodista y escritora originaria de la Ciudad de México. Tiene una lista de más de 42 títulos, entre los que se encuentran: *Las niñas bien* (1985), *Las reinas de Polanco* (1986), *Compro, luego existo* (1992), *Manual de la gente bien* (1995), *Terremoto* (2005), *Infancia es destino* (2010). Ha participado en diversos medios de comunicación como radio, cine, televisión, periódico y revistas. Entre los reconocimientos que ha recibido se encuentra el Premio Nacional de Comunicación José Pagés Llergo 2010, en la categoría de libro biográfico *Mi novia la tristeza*.

Ignacio Padilla. Narrador, dramaturgo, diplomático y ensayista. Licenciado en Comunicación por la Universidad Iberoamericana, maestro en Letras Inglesas por la Universidad de Edimburgo y doctor en Filología Española por la Universidad de Salamanca. Su obra para niños incluye *Las tormentas del mar embotellado*, (Premio Juan de la Cabada 1994), *Los papeles del dragón típico, Por un tornillo* y *Todos los osos son zurdos*. En 2008 obtuvo el Premio Nacional de Obra de Teatro para Niños, por *La maquinota*. Actualmente es profesor en la Universidad Iberoamericana, e investiga temas como animismo, semiótica, escatología, entre otros.

Jorge Volpi. Licenciado en Derecho, maestro en Letras Mexicanas por la UNAM y doctor en Filología por la Universidad de Salamanca. Es autor de las novelas *La paz de los sepulcros*, *El temperamento melancólico* y *En busca de Klingsor*, con ella inició una *Trilogía del siglo XX*, cuya segunda parte es *El fin de la locura* y la tercera *No será la Tierra*. Su libro más reciente es el ensayo *Leer la mente. El cerebro y el arte de la ficción.* En 2009 obtuvo el Premio José Donoso de Chile por el conjunto de su obra. Actualmente es profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Juan Villoro. Escritor y periodista nacido en la Ciudad de México, en 1956. Estudio Sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana. Formó parte del taller de cuento impartido por Augusto Monterroso. Entre 1977 y 1981, escribió y produjo en Radio Educación el programa radiofónico "El lado oscuro de la luna". En 1980, publicó su primer libro: *La noche navegable*. En 1994 ganó el premio IBBY por *El profesor Ziper y la fabulosa guitarra eléctrica*, novela para niños. Entre sus libros infantiles se encuentran: *Las golosinas secretas*, *Cazadores de croquetas*, *El taxi de los peluches* y *La cancha de los deseos*.

Laura Martínez Belli. Originaria de España. Estudió Ciencias de la Información e Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid. En 1995 se trasladó a México donde continuó sus estudios en la Universidad Iberoamericana. En 1998 regresó a España y colaboró en instituciones dedicadas a la protección del patrimonio artístico, hasta que en 2004 volvió a México, donde estableció su residencia. En 2007 publicó su primera novela titulada *Por si no te vuelvo a ver*, a la que le siguió *El ladrón de cálices* que se convirtió en un éxito de ventas.

Pedro Ángel Palou García. Escritor mexicano nacido en la ciudad de Puebla. Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica, maestro en ciencias del Lenguaje por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, doctor en Ciencias Sociales por El Colegió de Michoacán. Es autor de novelas, ensayos literarios, crónicas históricas, y se le reconoce como miembro de la generación del crack, junto con Ignacio Padilla y Jorge Volpi. Algunos de sus libros son: *Con la muerte en los puños*, *quien dice sombra*, *Zapata* (2006), *Morelos: morir es nada* (2007), *Pobre patria mía*, *La profundidad de la piel* (2010).

Rosa Beltrán. Novelista, cuentista y ensayista originaria de la Ciudad de México. Estudió la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM y el doctorado de Literatura Comparada en la Universidad de California. Actualmente es titular de la Dirección de Literatura de la UNAM. Entre su obra destacan: *La espera* (1986), *Optimistas* (2006) y *Amores que matan* (2008). En 1995 recibió el premio Planeta-Joaquín Mortiz de Novela por *La corte de los ilusos,* y en 2011 obtuvo el reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz por la UNAM.

Sabina Berman. Dramaturga, poeta, narradora. Nació en la Ciudad de México y estudió Psicología en la Universidad Iberoamericana y Dirección Teatral en el Centro de Arte Dramático A.C. Ha ganado cuatro veces el Premio Nacional de Teatro, además de haber obtenido el Ariel de la Academia de Ciencias y Artes Gráficas, en 1974, por el guión cinematográfico *Tía Alejandra*. Por otra parte, en 1995 participó como codirectora de la película *Entre Pancho Villa y una mujer desnuda.* También escribió y coprodujo la película de *Backyard,* la cual representó a México en los Oscares del 2010. Su más reciente novela *La mujer que buceó dentro del corazón del mundo*, se ha publicado en más de 30 países.

¿Qué opinas de tu libro?

Anota una palomita (✓) en el cuadro que corresponda a tu preferencia.

	Mucho	Regular	Poco
Me gusta mi libro	☐	☐	☐
Entendí las lecturas	☐	☐	☐
Me gustan las imágenes que aparecen en el libro	☐	☐	☐

Escribe los títulos de los tres textos que más te hayan gustado.

_____

_____

_____

Escribe los títulos de los tres textos que no te hayan gustado.

_____

_____

_____

¡Gracias por tu participación!

SEP

DIRECCIÓN GENERAL DE MATERIALES EDUCATIVOS

Dirección de Desarrollo e Innovación de Materiales Educativos
Viaducto Río de la Piedad 507, cuarto piso,
Granjas México, Iztacalco,
08400, México, D. F.

Datos generales

Entidad: _____

Escuela: _____

Turno: Matutino ☐ Vespertino ☐ Escuela de tiempo completo ☐

Nombre del alumno: _____

Domicilio del alumno: _____

Grado: _____

Referencias iconográficas

Para la publicación de este *Libro de lecturas*. *Cuarto grado* de primaria, decidimos recurrir a la obra de litógrafos y grabadores para dar a conocer a las nuevas generaciones las técnicas utilizadas en este tipo de propuesta plástica. Las obras aquí publicadas están protegidas por las leyes de derechos de autor y su reproducción en este libro ha sido con fines educativos.

Busch, Wilhlem, *Sammlung mit Max und Moritz*, Brawn & Sdneider, Múnich.

Catálogo ilustrado de ferretería, México, sin datos.

Consolidated Dental Manufacturing Company. Illustrated and Descriptive Catalogue, Nueva York, Consolidated Dental Manufacturing Company, 1899.

Enciclopedia Ilustrada Seguí. Diccionario Universal, Barcelona, Centro Editorial Artístico de Miguel Seguí, 3 tomos, 1943.

Estrin, Michael, *2,000 Designs. Forms and Ornaments*, Nueva York, WM Penn Publishing, 1947.

Figuier, Louis, *Le Savant du Foyer. Ou Notions Scientifiques Sur les Objects Usuels de la Vie*, París, Librairie de L. Hachette et Cie, 1864.

George, Ross F., *Arte de hacer carteles a pluma o pincel*, Pensilvania, Hunt Pen Company, 1952.

Grabado de la primera imprenta en México, 1534 (primera en el continente americano), © Other Images.

Guptill, Arthur L., *Drawing Whith Pen and Ink and a Word Concerning the Brush*, Nueva York, The Pencil Points Press, 1930.

Handbook of Designs and Motif, Nueva York, Tudor Publishing Company, 1950.

Harter, Jim, *Animal. 1914 Copyright-Free Illustrations*, Nueva York, Dover Publications, 1979.

Harter, Jim, *Hands. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, Dover Publications, 1980.

Harter, Jim, *Men. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, DoverPublications, 1980.

Harter, Jim, *Women. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, Dover Publications, 1982.

La sagrada biblia, trad. de D. Felipe Scio, Barcelona, Grande establecimiento tipográfico editorial de Ramón Molinas, 2 tomos, 1865.

Lehner, Ernst, *Symbols, Signs and Signets*, Nueva York, Dover Publications, 1950.

Mendenhall, John, *Scan this Book Two*, Nueva York, Art Direction Book Company, 1996.

Nessbitt, Alexander, *200 Decoratives Title–Pages. An Anthology of Copyright-Free Illustrations for Artists and Desingners*, Nueva York, Dover Publications, 1992.

Olian, Joanne, *Children´s Fashions 1860-1912. Designs from "La Mode Illustrée"*, Nueva York, Dover Publications, 1944.

Quinn, Gerard, The Clip Art Book, Nueva York, Crescent Book, 1990.

Saunders, J. B. de C. M. y Charles D. O'Malley, *The Illustrations from the Works of Andreas Versalius of Brussels*, Nueva York, Dover Publications, 1950.

The Defiance Machine Works, Catalogue 194, Ohio, Defiance, 1850.

Webster´s New International Dictionary, 2a. ed., Springfield, Merriam Company Publishers, 1953.

Libro de lecturas.
Cuarto grado,
se imprimió por encargo
de la Comisión Nacional de
Libros de Texto Gratuitos, en los
talleres de &&&&, con domicilio en
&&&&, en el mes de &&& de 2011.
El tiraje fue de &&& ejemplares.

RUBY
EBERHARD FABER
NEW YORK
Escuela